

CLARAMONTE Y CORROY, ANDRÉS DE (1580-1626)

PÚSOSEME EL SOL Y SALIÓME LA LUNA O SANTA TEODORA

FIGURAS:

NATALIO
TEODORA
ALCINA
ZURDO, GRACIOSO
FIDELFO
LESBIA
UN MONJE
UN ABAD
UN ÁNGEL
MÚSICOS
EL SOL Y LA LUNA
CLARINDO
SALUCIO
GERARDO, PASTOR
ANFRISO, PASTOR
HEMO
LIPSIO
MANDIO
NUESTRA SEÑORA

PRIMERA JORNADA

Salen los músicos y Lesbia

MÚSICOS:

Tu honesto tálamo envidien,
casadilla venturosa,
las tórtolas en los nidos
y en sus lechos las palomas.
Eternidades te enlacen
en los brazos que te adoran,
estimada como ajena
gran ventura en mujer propia.

[MÚSICO]

Esto Clarindo cantaba
a Natalio y a Teodora
que elogios dulces merecen
almas que así se conforman.

LESBIA:

Donosos disparates y locuras;
no cantéis más.

MÚSICO:

La paz de los casados
te he referido aquí.

LESBIA:

¿Paz aseguradas
en amor, que arde en celos y en cuidados?
Átomos de oro al sol contar procuras,
aljófares al alba derramados
arena al mar, estrellas a los cielos,
que es lo mismo cantar amor sin celos.

MÚSICO:

Eso es querer negar la simpatía
y recíproca unión de las esencias,
pues todo en puro amor se engendra y cría,
que éstas son sus divinas excelencias.
La celeste y bellísima armonía
que ve el tiempo mover de inteligencia,
espíritu es de amor, que si él faltara,
su eterno movimiento se acabara.
En tal conformidad, amor encierra
los disconformes elementos.

LESBIA:

Calla,
que amor todo es envidia, todo es guerra,
que sus efectos son viva batalla.

MÚSICO:

Si estos monstruos amor tal vez destierra
en Natalio y Teodora, así se halla
ahora en dulce paz.

LESBIA:

Es imposible.

MÚSICO:
Terrible estás.

LESBIA:
Y tú, necio insufrible,
salte afuera; qué loco e ignorante!
Vase el músico
y vosotros también, ¿qué es esto, cielos,
que de éstos en amor tal paz se cante
cuando llorando estoy de envidia y celos?
¡Oh Natalio cruel, oh ingrato amante,
oh bárbara ocasión de mis desvelos,
tu paz perturbe amor, tu envidia crezca,
y Teodora te agravie y te aborrezca!
¡Que bien casados vivan, y que viva
muriendo yo de verlos bien casados!
Mi loco amor sus celos aperciba,
demonios de su infierno desatados:
ya mi venganza en su inquietud estriba.
¡Despierten los que viven descuidados!
Sale un criado

CRIADO:
Natalio viene a verte.

LESBIA:
Amor lo ordena.
Entre el fiero instrumento de mi pena.

Sale Natalio

NATALIO:
Parecerá extrañeza, Lesbia hermosa,
esta visita mía.

LESBIA:
Y tan extraña,
que pudiera, Natalio, estar quejosa
de ti, puesto que amor me desengana.

NATALIO:
El puro rosicler, virgínea rosa
que en arrobada púrpura se baña
no sale tan gentil.

LESBIA:

Esos favores
guarda a tu sol, que es vida de las flores.
¿Vienes deprisa?

NATALIO:

Nunca un buen casado,
dame, Lesbia, licencia que lo diga,
despacio puede estar, si enamorado
tiene cielo a quien ver, y alma a quien siga.

LESBIA:

Bien parece en amor siempre el cuidado.

NATALIO:

Mi dulce prenda, Lesbia, a esto me obliga.

LESBIA:

Dícenme que es un ángel tu Teodora.

NATALIO:

Es, después de tu sol, purpúrea aurora.
¿No has visto, entre doseles de oro y grana
atropellando sombras vergonzosas
la lámpara del cielo soberana,
en dos labios de lirios y de rosas
cuando va dando vida a la mañana,
quitando confusiones tenebrosas?
Pues así a mi Teodora considera.

LESBIA:

Agraviaras mi amor si así no fuera.

NATALIO:

De proporción gentil, haz Lesbia mía,
una forma bellísima en tu idea,
juzgando en mucho amor sobre su día
toda beldad y toda imagen fea.
Su rostro es en dulcísima armonía
un milagro de amor, en quien se vea
que tan divino y singular conceto
ser pudo solo de esta causa efeto.
Término es de cristal a dos estrellas
la conforme nariz, que luces parte
dando rayos de pórvido, aunque en ellas

pestañas dice amor que me reparte.
Lágrimas son de luz en copias bellas
las que en su boca, emulación del arte,
fingen sartas de perlas transparentes
y ella me dice, Lesbia, que son dientes.
Cuando sin compostura y con decoro,
suelta en sierpes y en ondas el cabello,
cisne parece, que en estanque de oro
anega el alabastro terso y bello,
y yo, como la miro y la enamoro,
al enlazarme de su hermoso cuello
teniéndola por sol, Faetón segundo
rayos aparta con que abrasa el mundo.
Es airosa, gentil, grave y dispuesta,
amorosa, discreta y recatada,
cuerda, apacible, sobre todo honesta;
alta excelencia en la mujer casada.
En corta copia mi Teodora es ésta,
con pinceles del alma retratada,
mujer, si no a elección del cielo justo,
cortada a la medida de mi gusto.

LESBIA:

Quien le tuvo tan bueno razón era
que en tan dichosa prenda se empleara,
ya que el cielo no quiso que yo fuera
la que en su nombre de tu amor gozara.

NATALIO:

Adiós. ¿Qué la diré?

LESBIA:

Natalio, espera,
que la iré a ver, por sólo ver su cara.

NATALIO:

Pues viéndola, dirás que no hay marido
más bien ganado ni más bien perdido.
(Vase)

LESBIA:

Diré que no hay amante más ingrato,
ni más cruel marido, ah fieros celos,
en tanto agravio de vengarme trato,
dadme vuestros rigores y desvelos.
Turbar quiero su paz, si amor es trato

y no dulce armonía de los cielos;
que en los casados, confusión y guerra
es el mayor castigo de la tierra.
Yo haré que mueras, bárbaro Natalio,
celoso de Teodora, y ella sea
otra lasciva diosa del Cidalio,
otra Ródope vil, otra Medea,
amor será en los dos monstruo Tesalio
que yerbas busque, y que conjuros vea:
campo será tu lecho de desvelos
porque sepas, cruel, lo que son celos.
Salen Fidelfo y Zurdo, gracioso

ZURDO:

Ya tiene Alcina el papel.

FIDELFO:

¿Qué importa, si los remedios
son en Teodora imposibles?

ZURDO:

¿Qué imposibles no vencieron
amor y necesidad,
ayudados del ingenio?
¿No es imposible mayor
hacer de un necio un discreto?
Pues ya se ha visto, con ser
cosa imposible en un necio.
Y más, cuando es mal nacido,
poderoso y con dinero,
que suelta las necedades
armadas de atrevimiento.
Jerjes un monte allanó
en una tarde, Pompeyo
hizo al inundante Nilo
torcer su camino eterno.
Tifis leyes puso al mar
inexorable y soberbio.

FIDELFO:

Comparados con Teodora
no son imposibles esos.

ZURDO:

¿No es Teodora una mujer?

FIDELFO:

No, que es un ángel.

ZURDO:

Cayendo
será demonio también.

FIDELFO:

Ya los demonios cayeron,
y ella es ángel que está en gloria,
porque cuando considero
a Teodora bien casada
y honesta con tanto extremo,
si en ausencia la enamoro,
en presencia la respeto;
que en una mujer honrada
es el honor limpio espejo,
y viéndose amor en él,
como se juzga tan feo
enmudece y tiembla, y yo
por esa causa enmudezco
y tiemblo también, turbado,
cuando en su rostro me veo,
porque en el cristal del rostro
se conocen los efectos.

ZURDO:

Mira que está Lesbia aquí
y que nos ha estado oyendo.

FIDELFO:

¿Quién es esta Lesbia?

ZURDO:

Es
el milagro de este tiempo,
el monstruo de Alejandría,
la sirena de su puerto,
que a su casa te ha traído
a divertirte, y entiendo
que has de olvidar a Teodora.

FIDELFO:

No podré, si todo aquello
que enamorare y mirare
no viniere a ser lo mismo

que Teodora, porque en ella
amor mi remedio ha puesto.

ZURDO.

Pues que la tienes delante
repara en ella.

FIDELFO:

No tengo
libertad para mirarla.

ZURDO:

Lesbia, este ilustre mancebo,
en quien la primera aurora
de su Abril florido y tierno,
baña en mariposas de oro
los perfiles del cabello,
por lisonja de tu fama
viene en ti a cobrar el seso,
porque amor en hermosura
sus aforismos ha puesto.
Encántale en tus palabras,
húrtale en tus ojos bellos,
para que vea en los suyos
dulce paz y blando sueño.

LESBIA:

Aunque apenas entendidas
oí en mal formados ecos
las querellas lastimosas
de este ilustre caballero,
y pésame que a mi casa
venga por remedio, viendo
que amor le libra en la causa
que producen los efectos.

FIDELFO:

Lesbia divina, si sabes
enajenar pensamientos
y envanecer voluntades
libradas en embelecocos,
dame remedio, señora,
favoréceme, que muero
a manos de un imposible
y a rigores del infierno.
Si amor con amor se cura,

y con soberano imperio
tus ojos son dos tiranos
de cristal, templa con ellos
mis amorosas locuras,
en cuyas cárceles preso
tendrá libertad el alma
que muere en tantos desprecios.

LESBIA:

Ya sabes que amor ingrato
sólo se paga de aquello
que apetece, y de quien hizo
elección de esto, que vemos
de los disparates suyos
así amorosos defectos.
¿Qué importa que yo te engañe
con amorosos requiebros,
si en otra parte está el alma
y sin ella no obra el cuerpo?
No podrás sanar de amor
si no olvidares primero,
que en amor, el olvidar
es el más sano consejo.

FIDELFO:

¡Ay Lesbía, ay señora mía!
Eso es lo que yo pretendo,
que es el remedio olvidar
y olvidóseme el remedio.

ZURDO

Del soberano Aristarco
de Menfis, hijo es Fidelfo,
que a Alejandría le traen
amorosos desconciertos.
Amaba en Menfis a un monstruo.

FIDELFO:

Di que amaba en ella a un cielo,
a un sol con rayos hermosos
de cristal, y rayos negros,
que de las almas que abrasan
rayos de carbón se han vuelto.
Casóse con un tirano
que por marido aborrezco,
y por amante dichoso,

pues gana lo que yo pierdo.
Día a día ha, Lesbía, un año
que la sirvo y la pretendo,
siendo con ella Alejandro,
siendo Midas, siendo Creso,
ya ejecutando imposibles,
ya rigores disponiendo,
ya temerosas ternezas,
ya músicas, ya paseos.
Mas como impugnable roca
que batida de los vientos
trueca en átomos de vidros
gigantes de espuma crespos,
valiente se ha resistido
a mis amorosos ruegos,
dádivas, finezas, llantos
y locos ofrecimientos;
porque una mujer, si da
en ser honrada, es lo mismo
que el sol, que de cerca abrasa
y parece bien de lejos.

LESBIA:
¿Quién es?

FIDELFO:
Teodora se llama.

LESBIA:
¿Qué dices?

FIDELFO:
Que este desvelo
de mi loca fantasía
se llama así.

LESBIA:
¿Hay tal suceso?
Si ese imposible te allano,
¿qué me darás?

FIDELFO:
Pon a precio
de imposibles el servirte,
y abrasado en sus sabeos
holocaustos, te daré

el pájaro que cubierto
de penachos de oro y nácar
de sus cenizas naciendo
parece rosa con alma,
parece flor con aliento.

LESBIA:

Como me des la palabra
de ser mío, te prometo
su ingratitud en tus manos,
su tiranía en tu pecho.

FIDELFO:

Digo mil veces que soy
tuyo; pónme, Lesbia, un hierro
que publique esta verdad
y que afirme este concierto.

LESBIA:

Dame esa mano.

FIDELFO:

Y el alma
con ella, si alguna tengo.

LESBIA:

¿Olvidarásla?

FIDELFO:

Gozada.

LESBIA:

¿Y ahora?

FIDELFO:

No, que no puede,
que es el remedio olvidar,
y olvidóseme el remedio.
Vanse, y sale Teodora bizarra, y Alcina villana, con
unas flores, y entre ellas un billete escondido

ALCINA:

Ésta corté en el jardín,
aunque más viva se hallara
la clavellina en tu cara
y en tus manos el jazmín;

las maravillas, al fin
de que quisiste pedillas
se han puesto tan amarillas
que no medrarán jamás,
pues ven que donde tú estás
no es menester maravillas.
En la manga las pondré
para que en ella las vea
Natalio, y la abeja sea
cuando en tus brazos esté.

TEODORA:

Las primicias de mi fe
en ternísimos amores,
piden frutos superiores,
y cuando con él estoy,
el alma, Alcina, le doy,
que no gasto el tiempo en flores.
¿Quién no envidia mi ventura,
¿Hay suerte más venturosa?
Que soy de Natalio esposa
y estoy de su amor segura.

ALCINA:

Fidelfo estorbar procura
su paz.

TEODORA:

Que olvides te pido
el nombre que has referido,
y esto, Alcina, no te asombre,
pues pienso que con el nombre
aún se ofende mi marido.

ALCINA:

Esos escrúpulos son
para mi aldea, aunque allá
licencia también se da
a alguna conversación.

TEODORA:

La fama está en la opinión,
y el honor está en la fama,
que la que buena se llama
buena fama ha de tener:
porque a la honesta mujer

la imaginación la infama.
De la manga sacaré
las flores que aquí metiste.
Mas, ¿qué es esto, ay de mí, triste,
que dentro de ellas hallé?

ALCINA:

Un papel, señora, fue
que corté por azucena:
flor es de fragancia llena.

TEODORA:

Pero rasgarla es mejor,
que tan olorosa flor
para deshojada es buena.
Vete, villana, de aquí,
y en mi casa no estés más.

ALCINA:

Vete luego. ¿No te vas?
Mi señor viene, ¡ay de mí!
Sale Natalio

NATALIO:

Dulce prenda, ¿vos así?
¿con Alcina descompuesta
vos? ¿qué novedad es ésta,
y quién rasgó este papel?

TEODORA:

Yo, señor, a Alcina en él
así le doy por respuesta.
La cuenta en él me traía
de lo mal que me ha servido,
y por eso la he rotpido,
porque engañarme quería:
y paréceme osadía
en la pretensión que vi,
que estando vos vivo así
me pareció gran delito
que la cuenta por escrito,
señor, me la diese a mí.
Con ella hacerla podéis,
que yo a enojo me provoco,
aunque pienso que muy poco
o que nada la debéis.

NATALIO:

Si de eso gusto tenéis,
dadle lo que os ha pedido
por el papel.

ALCINA:

Lo que pido
no es milagro que lo hiciera
mi señora, si creyera
lo bien que yo la he servido.
Y a las reinas darse pueden
los papeles, cuando son,
señor, de cuenta y razón,
sin que disgustadas queden.

TEODORA:

Por tales cuentas suceden
en las cuentas mil errores,
que suele haber contadores
tan falsos y lisonjeros
que multiplicando ceros
hacen las cuentas mayores,
y así siempre se han de dar
al marido tales cuentas.

ALCINA:

Siempre con tu ingenio intentas
a una villana apurar;
servir quiero sin contar.

TEODORA:

Yo, castigar tu intención
con esta resolución:
que las que en mi mano pones,
no son cuentas de perdones
y no merecen perdón.

ALCINA:

A esta enfadosa mujer
arrogante y presumida,
aunque me cueste la vida
por Fidelfo he de vencer.
Vase Alcina

TEODORA:

Los papeles recoger
puedes, y hacerlos sumar
si es que quieres acertar,
que yo, como aquí se ve,
sólo de esta suerte sé
partir y multiplicar.

NATALIO:
¿Qué es esto?

TEODORA:
Un papel le hallé
que en la manga le traía,
y porque aquí le escondía,
señor, así le rasgué.

NATALIO:
Muy justo el enojo fue.

TEODORA:
Castigarla quise así
que lo que ya escondió aquí
para ella, si porfía
podrá, señor, otro día
recebille para mí.

NATALIO:
A un tiempo, mi Teodora,
tu ingenio y tu belleza me enamora,
dame esas manos bellas,
que con rayos de dedos son estrellas.

TEODORA:
¿Quiéresme mucho?

NATALIO:
Fuera
corto mi amor si aquí le encareciera;
tanto en fin vengo a amarte,
que acertarlo a decir fuera agraviarte.

TEODORA:
Y yo esposo, te adoro
al paso que lo dudo y que lo ignoro,
que imposible es decillo,
de la suerte, mi bien, que he de sentillo.

Ruido, y salen Fidelfo y Zurdo acuchillándose, y otros.

ZURDO:

Muera el villano, muera.

FIDELFO:

Socorredme, por Dios.

NATALIO:

¿Qué es
esto?

FIDELFO:

Ahí fuera
mucha gente me sigue,
que a un hombre solo multitud persigue,
permitidme, señores,
que me pueda esconder de sus rigores.

ZURDO:

Si se esconde en el cielo
ha de morir.

FIDELFO:

¡Ay Dios!

NATALIO:

Pierde el
recelo,
que eso no corresponde
al valor natural; aquí te esconde,
yo voy a detenellos.
(Vase con los demás)

TEODORA:

Dueño del alma, no riñáis con ellos,
mirad que sois mi vida,
y que seréis riñendo mi homicida.

FIDELFO:

Quiero lograr mi intento,
dame, tirano amor, atrevimiento,
pues esta ocasión gana
hoy la industria de Lesbia soberana.
Teodora divina,
premia mi afición,

que es esta invención
de amor peregrina.
Vencerte imagina
mi loco deseo.

TEODORA:
¿Qué es esto que veo?

FIDELFO:
Tu Fidelfo soy,
que a tus pies estoy,
y el favor no creo.
Dame aquesa mano
de cristal hermoso.

TEODORA:
Llamaré a mi esposo.

FIDELFO:
Llamarle es en vano;
la ocasión que gano
lograr piensa amor.

TEODORA:
Amante traidor,
si él falta de aquí,
advierte que en mí
se quedó su honor.
Vete, que daré
voces que te mate.

FIDELFO:
Sea en mí granate,
si diamante fue
su espada, y pondré
fin a mis porfías,
y las ansias mías
así acabarán,
pues muriendo están
de amor tantos días.
Resuelto a morir
vengo a tu presencia,
que es a tal violencia
flaco el resistir.
Morir es vivir
sin tantos desvelos

que es mejor, ah cielos,
con locos amores
morir de rigores
que vivir con celos.
Natalio, aquí estoy,
si el castigo es poco,
mátame por loco,
pues amante soy.

TEODORA:

Huyendo me voy
que aunque es de estimarse
oyendo enfrenarse,
no es prudencia mucha,
porque está el que escucha
cerca de ablandarse.
Vase Teodora

FIDELFO:

Oye, escucha, espera,
si triunfas de mí,
dime por qué aquí
no quieres que muera.
¿Vio la Libia fiera
más cruel y airada?
Como estatua helada
mi llanto desprecia,
y esto es ser necia
más que ser honrada.
Salen Natalio y los demás.

NATALIO:

Ya estos hidalgos están,
caballero, averiguados.

ZURDO:

Con términos tan honrados,
¿qué resistencias podrán?
Yo, que soy el ofendido,
la mano por vos le doy.

FIDELFO:

Digo que su amigo soy
puesto que haberme escondido
no fue temor, antes fue
generosa bizarría,

que solo hallar pretendía
la ocasión que se me fue
ya asida por los cabellos.

ZURDO:

Si esa ocasión se perdió
yo sabré buscarla.

FIDELFO:

Y yo.

NATALIO:

Cuando venimos a hacellos
amigos, vuelven a hacer
nueva pendencia.

FIDELFO:

Señor,
disgustos que causa amor
insufribles suelen ser.
No os espantéis, que reñimos
por celos.

ZURDO:

Y es tal, por Dios
que aquí los tendrá de vos,
pues de los que aquí venimos
los tiene sin ocasión.

NATALIO:

No me espanto, que los celos,
aunque engañan como cielos,
infiernos del alma son.

ZURDO:

¿Cómo te ha ido?

FIDELFO:

Hame ido
muy mal.

ZURDO:

¿Oyóte?

FIDELFO:

Algo oyó.

ZURDO:

Pues señor, si te escuchó
tú serás correspondido.

FIDELFO:A

Lesbia contarle quiero
el caso, voyme a vestir,
que con ella he de venir
transformado en escudero.
Ya es fuerza que me despida.
Adiós.

NATALIO:

Adiós.

ZURDO:

Ven que es hora.

FIDELFO:

Amor, goce yo a Teodora,
y luego pierda la vida.
Vanse todos, y queda Natalio

NATALIO:

Cuán bien aventurado
puede llamarse el hombre que en paz vive,
contento y bien casado,
que es el premio mayor que se recibe
del brazo santo y justo,
después del cielo, la mujer a gusto.
Mire de puntas de oro
el monarca su frente soberana,
que con sacro decoro
deidad se finge con soberbia vana,
que será desdichado
con tanto amor, si vive mal casado.
Yo solo venturoso
gozo mujer a gusto, honesta y bella,
y en tálamo amoroso,
seguro de ofenderme y de ofendella,
ocupo en lazo estrecho
la mesa en paz, y en dulce amor el lecho.
Sale Teodora

TEODORA:

¿Fuéronse?

NATALIO:
Sí, y amigos.

TEODORA:
Antes pienso que van en más pendencia
y son más enemigos.

NATALIO:
Disparates de amor les dan licencia.

TEODORA:
Antes si se la dieran,
desparates de amor, Natalio, fueran.
Sale Alcina

ALCINA:
Lesbia pide licencia
para besar tu mano.

TEODORA:
No te vea
que temo su presencia.

NATALIO:
Que así mi grande amor premiado sea
¡Fálteme el cielo!...

TEODORA:
Tente.

NATALIO:
Si otra mujer amare eternamente.

TEODORA:
Amigo, esposo, aguarda,
¿vas enojado?

NATALIO:
¿Yo contigo enojos?
Sólo amor me acobarda
cuando me aparto de tus bellos ojos.

TEODORA:
¿No crees que te adoro?

NATALIO:

Tu mucho amor y honestidad no ignoro.

Vase Natalio, y sale Lesbia con Mandio,
Fidelfo, Zurdo, de escuderos.

LESBIA:

Después, Teodora divina,
que miro tu gran belleza,
disculpo a los que te alaban
por mucho que lo encarezcan.
Maravilla eres de Dios,
una precursora honesta
de su pincel soberano,
de su eterna omnipotencia.
Boca del alba es sin duda
la tuya, donde entre estrellas
y celajes de rubís
parece que el sol despierta.
Tus ojos dos rayos son
con que Júpiter pudiera
mostrar su poder en vidro,
medir con cristal sus fuerzas.

TEODORA:

Detente, Lesbia, que vienes
como hermosa lisonjera.

LESBIA:

Hasta verte, Lesbia he sido,
mas ya de hoy más no soy Lesbia,
dame licencia, Teodora,
que a mi posada me vuelva
a llorar celos forzosos
y a sentir forzosas penas.

TEODORA:¿Yo te doy celos? ¿Yo soy
tan cruel que hago que tengas
disgustos? Si aun en mi casa
el sol no me ha visto apenas.
Si los tienes de mi esposo,
pasados disgustos deja,
pues que ves que con el tiempo
todas las cosas se truecan.
Yo le adoro, y él me adora,

y es fuerza que te aborrezca,
Lesbia, que me engañe,
si no es, que amor habla en muchas lenguas.
Olvida encantos pasados,
no turbes con nuevas guerras
la santa paz con que somos
él el muro y yo la hiedra.

LESBIA:

¡Ay, Teodora! Otro es mi mal,
otra es mi desdicha: fuera
os salid.

FIDELFO:

¡Ay, Circe hermosa!
Ésta que es helada piedra
transforma en mujer con alma,
porque escuche y porque sienta.

LESBIA:

Vete, que yo la pondré
tan tratable, afable y tierna,
que la que ahora es diamante
parezca en tus brazos cera.
Dale los polvos a Alcina,
para que luego los vierta
en su cama, que con ellos
yo haré que fuego se encienda
del infierno, y vos, amigo,
no os apartéis de esa puerta.
Vanse los dos y Lesbia llora
¡Ay de mí!

TEODORA:

No desperdicias
así racimos de perlas;
siéntate, Lesbia, y no llores,
y tus desdichas me cuenta.

LESBIA:

Teodora, tu honestidad
perdone, y dame licencia.
Yo, señora, soy mujer
no bizarra, ni discreta
como tú, que a intentos locos
sabes hacer resistencia.

Enamoréme de un hombre;
grande infamia, vil bajeza,
en una casta mujer,
y en una honrada doncella.
Si es verdad que me disculpa
su talle y su gentileza,
sus virtudes, sus donaires
y sus muchas excelencias.
Resistíme generosa,
probé olvidar, mas no hay fuerzas
contra finezas de amor
en Tesalia ni en Bohemia.
Declaréle mi cuidado,
y en la noche obscura y negra
le ofrecí mil ocasiones
que como ingrato desprecia,
porque del sol escondida
mi infamia estaba secreta;
que son terceras calladas
las sombras y las tinieblas,
que es imposible saberse
lo que se ejecuta en ellas
como no lo vea el sol,
ni las estrellas lo entiendan.
Viendo, pues, su repugnancia,
corrida de sus respuestas,
un día le apuré tanto
que me dijo: ¿por qué intentas
imposibles, cuando el alma
está encarcelada y presa
en un fuerte de jazmines,
de rosas y de azucenas,
donde dos soles de vidro
siempre vieron primaveras?
Yo celosa y necia entonces,
que toda celosa es necia,
enlazándole en mis brazos
le apuré con tal fiereza
que me dijo que eres tú
por quien sin seso y paciencia
moría en ciegos rigores,
penaba en locas ausencias,
y que amar otra mujer
en tan fuerte ocasión, era
prender puñados de luz,
contar diluvios de arenas.

Y como preñada nube
que con llantos de centellas
aborta infantes de fuego,
con quien la máquina tiembla,
se desasíó de mis brazos,
a quien seguí descompuesta,
que una mujer es demonio
cuando los celos la aprietan.
Y diciéndole otras veces
tu honestidad, tu prudencia,
y cómo tu esposo adoras,
respondió que de tus rejas
ha de ser Ifis egipcio
cuando tú Anajarte seas,
viéndose en Alejandría
por ti una infeliz tragedia.
Y así, Teodora divina,
vengo a pedirte resuelta,
con lágrimas amorosas
que de mí lástima tengas,
haciendo por mí una cosa,
sin que tu crédito pierdas,
pues a la espalda del sol
no hay secreto que se sepa.
Tú has de enviar a llamar
a Fidelfo, cuando duerma
tu esposo, y por el jardín
le has de dar secreta puerta,
que en las sombras de la noche
fiada puedes tenerla
abierta, y yo desmintiendo
la voz con dulces ternezas,
engañándole en tu nombre
le gozaré, cuando él piensa
que está en sus brazos Teodora,
y así de dos locos temples
los resueltos albedríos,
las voluntades resueltas.

TEODORA:

Bien parece que estás loca,
pues semejantes bajezas
te has atrevido a decirme;
vete de mi casa, fiera,
porque el honor del marido
no ha de estar en contingencia.

LESBIA:

No me iré, mas de tus ojos
verás que me llevan muerta,
que este puñal dará fin
a mis infernales penas.

TEODORA:

Tente, mujer o demonio.

LESBIA:

Porque el remedio me niegas
de todas suertes, ingrata,
deja que en morir le tenga,
pues que no le tengo en ti,
y te falta la clemencia.
Dos remedios solamente
mi resolución espera:
es éste o el tuyo, mira
cuál me aplicas.

TEODORA:

¿Hay tal fuerza?
Vete, monstruo que has venido
a perturbar mi inocencia;
mira que soy bien casada,
no quieras que el candor pierda
de mi noble honestidad,
de mi voluntad primera.
Vete con Dios.

LESBIA:

¡Ay Teodora!
no eres mujer, no eres hecha
de nuestra materia misma:
mentida naturaleza
veo en tus ojos, Teodora:
¿qué pierdes en que yo pueda
remediarme, y en que yo
con aquesta estratagema
me case y no pierda el alma?
¿Qué respondes?

TEODORA:

¿Hay tal fuerza?
Lo que quisieres sea.

LESBIA.

Amiga,
déjame besar la tierra
que están honrando tus pies.

TEODORA:

Lesbia, si mi honor celebras,
no me le quites, por Dios.

LESBIA:

¿Qué honor pierdes, si en ausencia
del sol, verse es imposible?
Y no viéndose la ofensa,
¿cómo puede ser agravio?

TEODORA:

¿Y si Natalio despierta?
LESBIA:Estos polvos verterás,
Teodora, en su cabecera,
que infunden sueño; un papel
le escribe.

TEODORA:

¿Qué dices, Lesbia?
¿Yo papel?

LESBIA:

Sí, tú, Teodora.

TEODORA:

De mi mano y de mi letra,
a otro hombre, no es justo.
Cuando una mujer honesta
escribe papeles, da
testimonio de su ofensa.
Basta enviarle a llamar.
Sale Zurdo

ZURDO:

Ya hay hachas. ¿Mandas que enciendan?

TEODORA:

No enciendan, porque en mi casa
la señora Lesbia queda
esta noche.

LESBIA:

Haced que luego
todos a casa se vuelvan,
y haced que entre luego Ostilio.

ZURDO:

¿En qué punto está la empresa?

LESBIA:

Ya la simple palomilla
cayó en la red, y ya es muerta
la honestidad de Teodora.

ZURDO:

¿Ya murió? Requiem eternam.

LESBIA:

Llama a Fidelfo.

ZURDO:

Yo voy
por las albricias.
Vase

TEODORA:

Cubierta
quiero que estés esta noche
sin que Natalio te vea,
porque se logre mejor
tu intento.

LESBIA:

Es traza discreta.
Sale Fidelfo

FIDELFO:

¿Qué manda vuesa merced?
¡Ay, peregrina belleza!

LESBIA:

Éste es el que ha de llevar
el recado; porque crea
que es verdad, tú se le da.

TEODORA:

¿Quién es éste?

LESBIA:

Ah, cuenta
que ésta es la persona misma
a quien le envías.

TEODORA:

Decid
que sin que el cielo le entienda
ni la tierra, a media noche
Fidelfo, a la puerta venga
del jardín, donde le aguardo.

FIDELFO:

Dame en su nombre esa bella
mano, y haz cuenta que en mí
Fidelfo propio la besa. (Bésala)

TEODORA:

Levanta.

FIDELFO:

¡Ay, mano divina!

TEODORA:

Cuando una mujer comienza
a ser liviana, a estos daños
abierta la puerta deja.
Ya consiento que me bese
la mano el hombre que lleva
el recado, a quien el sol
tocaba con reverencia.

FIDELFO:(Ap.)

Lesbia, ¿cómo la engañaste,
siendo tan sabia y discreta?

LESBIA:

La más sabia, siendo honrada
es ignorante, si peca.

FIDELFO:

El alma te debo, oh noche,
de los engaños maestra,
ofrecer pienso a tus aras

mis grillos y mis cadenas.
Vase Fidelfo y entra Alcina

ALCINA:
Mi señor viene.

TEODORA:
Tú, Alcina
a su aposento le lleva;
yo haré que nos acostemos
y que nos traigan la cena
a la cama.

LESBIA:
Con los polvos
harás que luego se duerma.

TEODORA:
Aunque la culpa es tan poca
a verle voy con vergüenza,
mas no es mucho, si el pecado
es áspid de la conciencia.
(Vase)

LESBIA:
Ahora veré si en paz
vives.

ALCINA:
Ya en la cama quedan
los polvos puestos.

LESBIA:
Ya puedo
referirte aquella emblema
de Eurípides a Cupido
y Venus, estáme atenta,
porque a propósito viene.

ALCINA:
¿Qué hay que mujeres no emprendan?

LESBIA:
Venus halló una tarde a Amor dormido
en los regazos de sus ninfas flores,
que de la dura ley de sus amores

plantas así se habían redimido.
Y viendo la ocasión que ha pretendido,
quiso vengar rigores con rigores,
y quitándole el Iris de colores,
flechándole gentil, le dejó herido.
Mas recordando al golpe, alborotado,
«Ay, que me has muerto», dijo el niño bello,
y previniendo el arco no le ha hallado.
Y Venus, llena de placer de vello,
dijo: «Rapaz, no duerma descuidado
quien tantas leyes da, y se alaba de ello».

ALCINA:
Bien lo has traído.

LESBIA:
Quien da
celos, no es razón que duerma
en paz; sientan mis rigores
y mis desatinos sientan.

ALCINA:
Del enemigo de casa,
¿quién puede librarse?

LESBIA:
Apriesa
va la noche en pies de oro
pisando montes de estrellas.

ALCINA:
Ya es tarde; vamos, que importa
que Natalio no te vea
porque se logre mejor
tu intento.

LESBIA:
Es traza discreta.

ALCINA:
Todo fuera honor, del mundo
si en él criados no hubiera
y terceras engañosas.

LESBIA:
Celos con celos se vengán.

Vanse, y sale Teodora con una vela.

TEODORA:

Si lo mismo que el obrar
viene a ser el consentir,
lo mismo es querer decir
si se llega a ejecutar
y así yo vengo a pecar,
si no obrando, consintiendo,
y tanto mal voy haciendo
consintiendo como obrando,
pues pecando, y no pecando,
a Dios y a mi esposo ofendo.
Al jardín quiero bajar
por esta falsa escalera.
(Dice dentro Natalio)

NATALIO:

No bajes, detente, espera.

TEODORA:

A Natalio he oído hablar,
quiero volverme y mirar
si ha recordado dormido:
está soñando, esto ha sido;
bajar quiero, mas la puerta
(Cae un cuadro y tapa la puerta)
se ha cerrado estando abierta,
con un cuadro que ha caído.
Quiero llegar y quitalle:
más, ay de mí, Cristo está
crucificado, y dirá
que vuelvo a crucificalle.
Quiero volverme, y dejalle,
mas la lumbre se me ha muerto,
y con la puerta no acierto.
Sale Lesbia

LESBIA:

Teodora, mira que es hora.

TEODORA:

¿Quién es?

LESBIA:

Lesbia soy, Teodora.

TEODORA:
Ya cesó nuestro concierto.
De lo que importa te advierto.

LESBIA:
¿Por qué?

TEODORA:
Porque Cristo está
guardando crucificado
la puerta, donde enclavado,
lugar, Lesbia, no me da.

LESBIA:
Baja, que Fidelfo espera,
pues tienes, en ansia igual,
escalera principal
deja la falsa escalera.

TEODORA:
Antes lo más propio era
la falsa, pues voy a hacer
falsedades de mujer;
aquí mal me persuades,
pues para hacer falsedades
puerta falsa es menester.
Sale Fidelfo

FIDELFO:
Alcina me abrió la puerta,
y amor aquí me ha subido.

TEODORA:
Parece que oigo ruido;
si es Natalio, que despierta...

FIDELFO:
Es, Teodora, un alma muerta,
que en pena viene buscando
tu gloria.

TEODORA:
Ya estoy temblando,
ven Lesbia.

LESBIA:

Ya voy tras ti.

TEODORA: No me dejes sola aquí.

Fidelfo, baja callando.

Vanse Teodora y Fidelfo

LESBIA: Cayó en el lazo la necia,

lindamente me ha vengado

de este puntual casado

que me ofende y me desprecia.

Mataráse, si es Lucrecia,

después de gozada, y loca

Parténope, de una roca,

dará a las canas espumas

finos granates en sumas,

y vivirán desde entonces

con su memoria los bronces,

con su espíritu las plumas.

Quiero ver cómo resiste

tan poderosa ocasión,

aunque en la resolución

de Fidelfo el bien consiste,

y tal furia amor enviste

en la más cuerda mujer,

que un demonio viene a ser

tal vez, si un ángel ha sido;

y al paso que amó al marido

le comienza a aborrecer.

Vase; sale Teodora y Fidelfo

TEODORA:

Déjame, monstruo enemigo.

FIDELFO: Después de haberte gozado

estoy más enamorado;

más te adoro y más te sigo.

Dame ese pecho amoroso.

TEODORA:

Mira que voces daré.

Vete con Dios, déjame,

o despertaré a mi esposo.

FIDELFO:

Toda la dificultad

está en el principio puesta,

ya te he visto descompuesta,
ya faltó tu honestidad.
Ya me abrazaste, y me diste
el alma, aunque envuelta en llanto.

TEODORA:

No me des, Fidelfo, espanto,
con el pecado que hiciste.
Vete con Dios, vete presto,
vete.

LESBIA:

¿Qué es esto, Teodora?

TEODORA: ¡Oh, bárbara engañadora!
Que en tal peligro me has puesto...
¿En qué, cruel, te ofendí?
Y, dime, ¿en qué te ha ofendido
un inocente marido
que está sin honra por ti?

LESBIA:

Ofendíste me en vivir
bien casados, cuando muero
de celos, y veros quiero
a los dos también morir,
y quiero que no se alabe
Natalio de venturoso,
sino que viva celoso
que así amor vengarse sabe;
que ves envidiarte honrada,
y esto viene al fin a ser
venganza de una mujer
celosa y desesperada.

TEODORA:

Bien has mostrado quién eres.

LESBIA:

Sabrás que son, aunque llores,
los enemigos mayores
mujeres de las mujeres.
Ven, Fidelfo.

FIDELFO:

¿Cómo puedo?

TEODORA:

Vete, por amor de mí.

FIDELFO:

Voyme, Teodora, aunque en ti
con nuevas ternezas quedo.

Vanse, y queda Teodora

TEODORA:

Buena, honor, he quedado,
infame, y en pecado,
burlado y ofendido
tan honrado marido,
y en lenguas de la gente,
láminas de mi afrenta eternamente.

Todo es horror y enojos
donde vuelvo los ojos,
si miro al cielo, el cielo
corre a su rostro el velo,
y si miro a la tierra,
en ella mi pecado me hace guerra.

Mas el sol no ha de verme,
que entre zafiros duerme,
pues si está mi pecado
tan secreto y callado,
¿quién de él dará noticia
si ninguno le vio?

Sale por una maroma un niño con un sol y no se vea más
de la
cara del niño

VOZ:

El sol de justicia.

Yo soy el que al cielo
y a la tierra alumbró,
aunque así eclipsado
me tienen tus culpas.

Entre cinco mil
rayos que me ilustran,
cinco manifiestan
mi clemencia mucha.

Ésta has irritado,
casada perjura,
burlando a tu esposo
que en sueño sepultas;

nada de mis rayos
remoto se juzga
porque están en ellos
todas las criaturas.
Tu pecado he visto,
aunque sombra buscas,
diligencia necia,
bárbara disculpa.
A oscuras pecaste,
y así es cosa justa
que mi sol se ponga
y te deje a oscuras.
Vase

TEODORA:

Púsoseme el sol,
que clemencia anuncia,
grande es mi pecado
pues en Cruz se juzga,
si es la cruz el barco
donde se aseguran
las misericordias
que el rigor perturban.
¿Cómo en ella a mí,
rigor me pronuncian,
de ausencia de Dios,
que no hay quien la sufra?
Y, pues Dios me deja,
siendo prenda suya,
¿dónde iré sin Dios
que viva segura?
Despojarme quiero
y salir desnuda,
sin llevar testigos
de mi desventura.
(Vase desnudando)
Queden los vestidos,
y mi infamia encubran,
que si van conmigo
harán de mí burla.
Ojalá pudiera
dejar la importuna
memoria con ellos,
que más me perturba.
Púsoseme el sol,
y la noche oscura

para condenarme
en sombras me ofusca.
Voy desesperada,
mas, ¿qué luz divulgan
las sombras que al cielo
en montes sepultan?
Tocan, sale la luna de la misma manera

VOZ:

Si se puso el sol,
ya sale la luna
para consolarte,
si consuelo buscas.
Yo, Teodora, soy
aunque con luz suya,
la Madre del Sol,
que con plantas pulcras
montes de luz piso
que cielos divulgan.
No te desesperes,
que paz te pronuncia
la esperanza nuestra,
la vida y dulzura.
Sígueme, fiada
en mí, que segura
te pondré en los montes,
donde eternas lluvias
a Dios des, cristales
si hoy son aguas turbias.
Sígueme.
Va pasando

TEODORA:

¡Ay, señora,
ay luciente y pura
Estrella del mar!
Deja, pues me alumbras,
que diga, contenta,
cuando más confusa:
Púsoseme el sol,
salióme la luna,
ventura fue, madre,
ver la noche oscura.

SEGUNDA JORNADA

Sale Natalio medio desnudo, con espada, broquel y linterna.

NATALIO:

Teodora levantada
de mi lado a deshora,
sin sentillo, Teodora
desnuda, y de mis brazos apartada.
Y aquella parte helada
del lecho, que inviolable y casto ha sido.
La tortolilla simple sin el nido,
a hurto de su esposo;
mas, ¿si dejase, ay Dios, de ser dichoso?
Que el más cuerdo marido,
cuidadoso y honrado,
puede ser, mientras duerme, desdichado,
que en el honor aun no disculpa al sueño
el defecto y descuido más pequeño.
Mas, parece locura,
pudiendo ser engaño,
ser profeta del daño
que mujer tan honesta me asegura.
¡Extraña desventura!
Que aun el honor no deje permitido
a un honrado marido
discurrir en su agravio,
sino que, recatado, cuerdo y sabio,
viéndolo por los ojos
ha de pensar que es sueño o son antojos
y debe corregillo y castigallo
en llegando no más de a imaginallo.
Dura ley, caso atroz, bárbaro abuso,
maldito sea el autor que tal compuso.
Ya que mi sueño ha sido
tan profundo y pesado,
y todo está callado,
y en las puertas del alba el sol dormido,
recatado marido
quiero ser, cuidadosa centinela
del honor que sin causa me desvela,
y ver dónde a tal hora,
desnuda y sin mi lado está Teodora.
Si la buena resbala,
¿qué cuidado al honor dará la mala?

Mas, ay, que en un chapín he tropezado,
tirano precursor de mi cuidado;
más adelante veo
su ropa sin decoro,
y entre lascivia y oro,
más adelante el bárbaro manteo.
Otro chapín está más adelante;
confusión semejante,
quién ha visto jamás, y quién ha sido
tan modesto marido
que la tierra no espante;
allí el jubón diviso,
parece que la capa echarme quiso,
desdichado de mí; si verdad fuera
mas, ¿qué en tal confusión el alma espera?
Quiero entrar a saber, y a ver si topa
esta infamia en el alma o en la boca.
Vase, y entra Hemo, y Lipsio

HEMO:

De aquí, sin que nos vea,
callando, ver podremos
sus locuras y extremos.

LIPSIO:

¿Quién hay, que de mujer virtudes crea?

HEMO:

¿Que tuviera alma fea
tan hermosa mujer!...

LIPSIO:

Salir, amigo,
la vi por el postigo,
a la luz de la luna, que excedía
en claridad al día.

HEMO:

Y, ¿a quién llevó consigo?

LIPSIO:

A nadie, que salieron
por el postigo que primero abrieron
dos sombras, que llevaban
dos mujeres que vi que acompañaban;
y ella sola después, porque te asombre,

Hemo, salió vestida en traje de hombre.
Sale Natalio con los vestidos

HEMO:
Ya viene.

NATALIO:
Del honor que se ha anegado,
éstos son los vestidos que he escapado,
villano sobre escrito,
y túnica vistosa
de la culebra hermosa,
que quiso desnudalle el apetito;
testigos del delito
quiso dejarme en ellos;
ah, monstruos del honor, adornos bellos
del más fiero animal que al mundo admira,
y plumas del pavón en que se mira
la más loca hermosura
que jamás pudo ver mortal criatura.
Vosotros causa sois de tales males.
Si el honor se redime en los sayales,
si es lance el desengaño
que las paredes pasa,
no he dejado en mi casa
el lugar más oculto y más extraño.
Ajenos de mi daño,
y en profundo letargo sepultados,
he visto los criados,
y en el jardín abiertas
las cautelosas profanadas puertas,
causa de esta ruina
hallé los hortelanos y no Alcina.
Mis desdichas son ciertas,
ya en el número entré de los maridos
desdichados, celosos y ofendidos.
Mas, ¿posible es que Teodora
conmigo ha sido cruel?;
mas... del rasgado papel
veo el desengaño ahora.
¡Ah, honestidad burladora,
ah, fementida azucena,
de rabia y tósigo llena
cuando al sol ámbar exhala!
Si Teodora ha sido mala
no puede haber mujer buena.

¿Qué contiene este papel
que dejó con sangre escrito?
En la confusión imito
al gigante de Babel.
Cuatro versos hay en él,
y por firma: «Tu Teodora».
En tantas dudas ignora
el alma lo que concibe,
que quien con su sangre escribe,
no es posible que es traidora.
Púsoseme el sol,
(Lee) salióme la luna,
¿quién creyera, Natalio,
tan gran ventura?
Tu Teodora. Del papel
saco mayor confusión.
Ya puedo, con más razón,
decir, Teodora cruel,
como tú dices en él:
«púsoseme el sol», pues ya
puesto en mí tu sol está,
y con luz más importuna
puesto, salióme la luna,
en las mudanzas mujer;
aunque no puedo tener,
puesto el sol, ventura alguna.
Quiero mi gente llamar
para encargarles mi afrenta,
que si al pueblo no se cuenta
no es tan preciso el pesar:
disimular y callar
es el medio más discreto,
entretanto que en secreto
vea si esta ingratitude
de Teodora fue virtud,
o ha sido poco respeto.
Aunque para mí esta ha sido
soberana vocación,
porque tanta perfección
no puede haberla fingido.
Mas, dejar a su marido
una mujer en tal pena,
es acción que la condena,
es acto que el Cielo iguala;
si Teodora ha sido mala
no puede haber mujer buena.

LIPSIO:
Ya podemos llegar.

HEMO:
Lipsio, no
digas
que la viste salir.

LIPSIO:
Bien me aconsejas.

NATALIO:
Ya amor, mis confianzas me castigas,
y me condenas a perpetuas quejas;
hola, gente, criados

.
HEMO:
No prosigas,
que pendientes están nuestras orejas
de tu voz. ¿Qué nos mandas?

NATALIO:
Enemigos,
todos de mis desdichas sois testigos.
Dejadme. Mas, volved

.
HEMO:
Señor, ¿qué
tienes?

NATALIO:
Idos de mi presencia, desleales.

HEMO:
Ya nos vamos.

NATALIO:
Aguarda.

HEMO:
¿Qué
previenes?
Para el rigor, que de tu acuerdo sales.

NATALIO:

Tiranos homicidas de mis bienes,
y fieros instrumentos de mis males,
no me matéis, dejadme, y de mis ojos
me quitad estos bárbaros despojos.

HEMO:

¿No nos llamaste tú?

NATALIO:

Pues ya os
despido,
y callando os encargo mis cuidados,
que los que en mis agravios se han dormido
también en cometerlos son culpados;
pues si a su lado se durmió un marido,
¿por qué no han de dormirse los criados?
¡Ah, honor! joya del alma más preciosa,
¿quién te confía, di, mujer hermosa?
Prevenidme caballos, porque quiero
los llanos penetrar, medir los montes,
buscadme el hipogrifo más ligero
que imite al sol, con rayos de horizontes.
Buscar mi seso como Astolfo quiero,
y vosotros seréis Belerofontes.
Mas, ¡ay!, que si el Pegaso mi mal siente,
satírico ha de ser, y maldiciente.
Vanse, y salen Alcina y Zurdo

ALCINA:

Ya cerca de Recí estamos,
aldea donde nací.

ZURDO:

Pues homenajes de ramos
nos hace esta selva aquí,
y tan fatigados vamos,
en la margen nos sentemos
de este arroyo, que el cristal
serpientes hacer le vemos.

ALCINA:

Aquí, con amor igual
la tortolilla imitemos,
y para que parezcamos
amantes tiernos, aquí
en los árboles pongamos

los nombres.

ZURDO:

Antes a mí
me parece que escribamos
en esta verde corteza
de Teodora la flaqueza,
y así vendremos a ser
en amor, sin merecer,
ejemplos de la firmeza.
Adúltera fue Teodora,
pongo aquí, repita ahora
el prado el propio delito,
y en el prado quede escrito
pecado que el mundo ignora.
Ya escrito en los olmos queda.

ALCINA:

Siéntate, mi bien, un poco.

ZURDO:

Sí haré, Alcina, porque pueda
decir que ahora estoy loco
esta gigante alameda.

ALCINA:

¿Parécote bien?

ZURDO:

Aquí
de tu rostro he de pintarte
cómo parecen en mí
tus partes.

ALCINA:

Y yo escucharte.

ZURDO:

¿Diré de los ojos?

ALCINA:

Sí.

ZURDO:

¿Y de la nariz?

ALCINA:
No quiero
que más en eso prosigas.

ZURDO:
Soy amante verdadero.

ALCINA:
Sólo quiero que me digas,
puesto que saberlo espero,
tu nombre, porque te he dado
el alma, y aun no lo sé.

ZURDO:
Si lo hubieras preguntado
antes, como de mi fe,
de él muestras te hubiera dado.
¿Cómo se llama el que está
manco de mano derecha?

ALCINA:
Zurdo.

ZURDO:
Con él diste ya.

ALCINA:
¿Zurdo te llamas? Sospecha
mala tu nombre me da.
Que hombre tan bien entendido
se llame Zurdo...

ZURDO:
En el nombre
solo la zurdez ha sido,
y hay muchos, y no te asombre
presumidos, que han nacido
con el alma zurda. Así,
¿por qué en el nombre reparas?

ALCINA:
Aun si calvo te llamaras
no fuera tan malo en tí.

ZURDO:
¿Yo calvo? Y que me encalvaras

llamándome calvo aquí,
calvo acá, calvo acullá.

ALCINA:
¿Y es mejor llamarte Zurdo?

ZURDO:
Sí, que más oculto está
el defecto.

ALCINA:
Aquí me aturdo.
¿Defecto le llamas ya?

ZURDO:
No estés, mi zurda, afligida,
que zurdos son cuantos ves
que viven en esta vida
con acciones al revés,
vergüenza y razón perdida;
zurdo es el loco marido
que vive por su mujer,
zurdo el loco presumido,
zurdo el que se quiere hacer
en una hora bien nacido.
Zurdo es el hombre adamado,
zurdo el hombre mentiroso,
zurdo el necio confiado,
zurdo el mancebo brioso
que con bruja está casado.
Zurdos de las ciencias son
las togas y los bonetes
que no han abierto a Catón;
zurdos son los alcagüetes
del honor y la opinión.
Zurda, la casada vil
que al matrimonio, carnero
se come con perejil,
y el cristiano caballero
que vive como gentil.
Ella recostada se duerme
Zurdos son, de las mujeres
los sastres, de los poetas
los cultos; si ejemplos quieres
de personas imperfetas;
Venus, si no Baco y Ceres,

suspensa la tienen ya.
Levantarme con silencio
quiero. Si dormida está...
Otro eunuco de Terencio
en mis engaños verá.
Gozada y burlada queda,
que la que engañó a Teodora,
esto es bien que le suceda:
de los zurdos podrá ahora
quejarse en esta alameda.
Cerca de aquí está un convento
de Eliotas, de este daño
en él redimirme intento,
haciendo un embuste extraño
y un notable fingimiento,
pues darles pienso a entender
que un gran caballero soy,
que Eliota pienso ser;
galardón de zurdo doy,
pues me dejó la mujer
a oscuras, a quien dirán
con los demás condenados,
ite maledite.
Vase, y recuerda ella

ALCINA:

¿Están
los ejemplos acabados,
o comenzándose van?
Mi bien... pero, no está aquí,
Si está en el arroyo..., no.
esposo Zurdo, ay de mí,
él me engañó y me burló,
fui mujer, y zurda fui.
A voces quiero llamarle,
mas, ¿será bien que las dé
llamando a un zurdo?; dejalle
quiero, que quien zurdo fue
con tal presencia y tal talle,
no puede hacer cosa buena;
dejarle quiero burlada,
pues de desventuras llena
estar con zurdo casada
fuera para mí más pena.
En mi aldea pienso hacer
penitencia de un pecado

al humano parecer,
tan zurdo y tan mal pensado,
mas pequé como mujer.
¿Qué más esperar podía
de un zurdo, mil rayos den
en toda su zurdería?
Las que a zurdos queréis bien
notad bien la historia mía.

Vase, y sale Teodora, de hombre

TEODORA:

Cuando llega una mujer
a perder su honestidad,
cualquier ofensa y maldad
en su daño ha de temer;
yo, que apenas dejé ver
mi rostro al sol y a la gente,
en traje tan indecente
de mí misma muestras doy
pero, ¿qué mucho, si estoy
tan mudada y diferente?
Intratables montes sigo
huyendo de mi pecado,
como aquel que acobardado
escapa de su enemigo;
mas, si le traigo conmigo,
¿cómo puedo de él aquí
apartarme, siendo así
que de monstruo tan terrible
escaparme es imposible
si no le aparto de mí?
¿Ay, Natalio, ay dulce esposo!
Si en tan injusta mudanza
apenas perdón alcanza
delito tan afrentoso,
vengativo y riguroso
cobra tu perdido honor;
no me perdones, señor,
porque una mujer honrada
no puede ser disculpada
en sacrilegio de amor.
Válgame Dios, ¡qué turbara
mi quietud y mi sosiego
un monstruo, y tan poco fuego
mi honestidad abrasara!

¿Con qué ojos, con qué cara
miro al cielo, sin ninguna
luz del sol, que en oportuna
ocasión ponerle vi?
Y, ¿qué fuera, ay Dios, de mí
si no saliera la luna?
En los montes viviré,
que no saben mi pecado,
mas nada al cielo hay callado,
¿qué es esto que aquí se ve?
(Lee) Teodora adúltera fue,
dicen los árboles ya.
¡Válgame Dios, que aun acá
mi pecado no se ignora!...
Adúltera fue Teodora
también aquí escrito está.
Sin duda que en cada pie
traigo estampado el delito,
y que no habiéndole escrito
en el arena se ve.
Teodora adúltera fue,
también en el agua está.
Lámina el arroyo es ya
mas, para epitafios tales
son diamantes los cristales,
y así diamante será.
Huir de mí misma quiero,
que el mayor contrario soy
que tengo, y mirando estoy
el triunfo más verdadero.
Este es convento, y espero
en él, admirando el ser,
sin dejarme conocer,
con nuevo espíritu y nombre
hacer penitencia de hombre
pues pequé como mujer.
Así, Luna soberana,
pienso ver de vuestro sol
el prometido arrebol
en apacible mañana:
que si llorando se gana,
yo haré que tales estén
mis ojos, que lluvias den
al alma que se desagua,
pues dicen que el sol y el agua
parecen juntos muy bien.

Notable imposible emprendo;
éste es el cordel.

Toca la campanilla y sale un monje del Carmen Descalzo

MONJE:
Deo gratias.

TEODORA:
Por siempre, padre bendito.

MONJE:
¿Quién a tales horas llama
interrompiendo el silencio
que todos los padres guardan?

TEODORA:
Un mísero, que a Belén
de Babilonia se escapa.
Vuestra Reverencia diga
al Padre Abad, que le aguarda
un afligido mancebo.

MONJE:
Será imposible que salga,
porque a estas horas, señor,
cerrar las puertas nos manda
del convento.

TEODORA:
Pues, ¿por qué?

MONJE:
Porque de los montes bajan
con las sombras de la noche
fieras que nos despedazan
sin poderlo resistir,
porque acá no usamos armas.
A Recí, antes que anochezca,
que es la aldea más cercana,
de aquí se vaya esta noche
y vuelva por la mañana.

TEODORA:
Padre, no me he de ir de aquí
si no me oye dos palabras

el Padre Abad.

MONJE:
¿Y las fieras?

TEODORA:
Otras hay en mis entrañas
y hallando otra fiera en mí
me volverán las espaldas,
Vaya, por amor de Dios.

MONJE
Temo enojarle.

TEODORA:
Esto haga

MONJE:
en caridad.

MONJE:
Yo voy. (Vase)

TEODORA:
Diga
que aquí un pecador le aguarda,
que sube a Jerusalén
de los llanos de Samaria.
Las que virtuosas sois,
las que vivís bien casadas,
tomad escarmiento en mí,
y mirad cómo se paga
la ofensa de un buen marido.
Salen el Abad y el Monje

ABAD:
¿Quién llama?

TEODORA:
Gloriosas canas,
grave y divina presencia,
Padre, a su túnica parda
vengo a ampararme del mundo,
bestia de siete gargantas,
Soberana vocación
es la mía, Dios me llama

a su cielo, Padre, vengo;
las puertas del cielo me abra,
servir a los monjes quiero:
haga cuenta que en la casa
un can doméstico soy,
contento con las migajas
de las mesas del convento,
con servir, que esto me basta.

ABAD:
Levante, hermano, del suelo.

TEODORA:
No haré, si no me levanta
vuestra caridad por hijo.

ABAD:
Son negocios que se tratan
éstos, con mayor espacio
y con mayor vigilancia,
porque los preceptos son
de nuestro gran Patriarca
y sagrado Padre, Elías,
muy rigurosos, por tantas
penitencias y peligros
que los religiosos pasan;
si de nuestra religión
institución soberana
no fuera, en nuestra clausura
esta noche le hospedara,
que es imposible que hombre
seglar, voto que se guarda,
de noche se quede en ella.

TEODORA:
Padre nuestro, de sus plantas
no me he de apartar, perdone.

ABAD:
Suelte, hermano.

TEODORA:
Que me vaya
no espere.

ABAD:

¿Hay tal tentación?
Suelta la túnica, aparta.

TEODORA:
Tal crueldad se usa conmigo

ABAD:
Cierre esa puerta, Deo gratias,
si es demonio cierre, padre.

Vanse los padres

TEODORA:
Aquí me ha de dar el alba
de esta suerte, aunque las fieras
desciendan de las montañas y
unas armadas de trompas
y otras de sangrientas garras,
que hallando otra fiera en mí
me volverán las espaldas.

Vase, y salen Lesbia y Fidelfo

LESBIA:
¿Que al fin te vas?

FIDELFO:
Desesperado y
loco
a buscarla por montes desiguales,
porque todo remedio, Lesbia, es poco
en tantas penas y tan graves males;
a furias del infierno me provoco,
si tales son las furias infernales;
mas, si el infierno del amor se ha hecho
mayores son las que infundió en mi pecho.
Nunca, Lesbia enemiga, me pusieras
a Teodora en las manos; nunca, ingrata,
tan fiero engaño por mi mal hicieras,
si es su remedio ahora el que me mata.

LESBIA:
¿Tal galardón me das?

FIDELFO:
¿Tal premio

esperas?

LESBIA:

¿Finos diamantes son cándida plata?

FIDELFO:

Puesto que la traición se estima, es ésta
la paga de un traidor.

LESBIA:

Gentil
respuesta.

FIDELFO:

Eres mala mujer, pues me has quitado
de ver la más honesta y la más buena,
que el placer que me diste fue soñado,
para darme, sin él, despierta pena.
Más la quisiera ver no siendo amado,
que gozada, viviendo de ella ajena.

LESBIA:

¿Tan mala soy?

FIDELFO:

Ninguna a ti se
igual
y en ti verás cuál es la mujer mala.

Vase

LESBIA:

Este premio ofrece siempre
amor por los beneficios,
mas yo sola quise ver
logrado el intento mío.
A Natalio quise bien,
fuese enojado conmigo
a Menfis, de donde así
casado a mis ojos vino,
con Teodora, que también
con sus padres había ido
a ver entre sus grandezas
los dos milagros egipcios.
Turbé su paz, envidiosa,
tiranía que amor hizo,

y ahora desengañada
en mis locuras prosigo,
que, pues Teodora se fue,
ha de ser Natalio mío,
aunque pese al cielo abierto
la furia de sus abismos.
Éstos sus criados son:
Salen Hemo y Lipsio
¿qué hace Natalio?

HEMO:
El juicio
ha perdido; sin hablar,
suspense a cuanto decimos
se entenece.

LESBIA:
¿Y qué hace ahora?

HEMO:
Que vengamos a vestirlo
aguarda, ¿quiéresle ver?

LESBIA:
Después que se haya vestido
le quiero hablar.

HEMO:
Pues ya sale.

LESBIA:
Si sale, yo me retiro.
Vase, sale Natalio y músicos

HEMO:
Señor, supuesto que el llanto
es de desdichas alivio,
no ha de ser tan riguroso
que acaba cuando es contino,
Ponte el sombrero y la capa.

LIPSIO:
Ya le tenemos vestido;
ahora le divirtamos.

MÚSICO:

Bien dices. En este sitio,
señor, infinitas veces
me acuerdo de haberte visto
en los brazos de Teodora.

NATALIO:

No me matéis, enemigos,
que son contentos pasados
de la memoria martirios.
Dejadme solo, dejadme
dar voces.

HEMO:

Acabó en gritos
su silencio.

NATALIO:

¿Aquí os estáis?
Dejadme entre mis suspiros,
dejadme solo. Volved,
cantad los versos que hizo
Clarindo al papel de ayer.

MÚSICOS:

Serás luego obedecido.
Ya, señor, los instrumentos
tenemos apercebidos;
deja que a templar los vamos.
(Siéntase Natalio)

NATALIO:

Si el templar disgusto ha sido,
templad aquí, pues sabéis
que son mayores los míos.
(Cantan) La religiosa casada,
para vivir más segura
de las lisonjas del tiempo,
santas soledades busca.
Y al partirse el alma amante,
si hay en dos casados una,
así escribe con la media
y es la tinta sangre suya.
Púsoseme el sol,
salióme la luna,
¿quién creyera, Natalio,
tan gran ventura?

NATALIO:

¿Quién ha visto, Teodora,
noche más oscura?

LIPSIO:

Señor, vuélvete a sentar,
que hablas con el viento a oscuras.

NATALIO:

¿No estaba aquí mi Teodora?

LIPSIO:

No, señor.

NATALIO:

Volveré a cantar.

Sale un criado con un papel

CRIADO:

¿Sois Natalio?

NATALIO:

Tal estoy
después que el alma perdí
que apenas yo sabré aquí
decir si Natalio soy.

CRIADO:

Si lo sois, hablar quisiera
con vos a solas.

NATALIO:

¿Hablar
conmigo?

CRIADO:

Dénos lugar.

NATALIO:

Hola, salíos allá fuera.
Vanse los criados
¿Qué mandáis?

CRIADO:

Este papel
traigo de Teodora bella.

NATALIO.
¿Cuándo estuviste con ella?

CRIADO:
Abridlo y sabréislo de él,

NATALIO:
Aquí hay un renglón no más
de su letra para mí.

CRIADO:
¿Cómo dice? (Vase)

NATALIO:
Dice así: (lee)
Hoy, Natalio, me verás.
Tu Teodora. Dónde está
no escribe, y saberlo quiero
de vos. Fuese. Caballero,
caballero!
Salen los criados

HEMO:
Voces da
Natalio.

NATALIO:
Tened, llamad
al hombre que aquí quedó.

HEMO:
No salió por aquí.

LIPSIO:
No
le he visto.

NATALIO:
Voces le dad,
¿a qué aguardáis?

LIPSIO:
Son al viento.

Pues de él os calzad los pies.
Corred.

HEMO:
Que un loco haga tres
no es mucho, si no hace ciento.
Vanse los criados

NATALIO:
¿Hay nueva más venturosa?
Aunque el papel toco y veo,
no lo creo, no lo creo.
¡Que hoy a mi Teodora hermosa
he de ver!... Sin seso estoy.
«Hoy, Natalio, me verás»,
me dice. No quiero más
sino verla, y morir hoy.

Aparece en lo alto Lesbia, cantando en la maroma

LESBIA:
La bella casadilla
que a media noche se fue
de los brazos de su esposo
como liviana mujer.

NATALIO:
¿Quién tales locuras canta?

LESBIA:
Yo las canto.

NATALIO:
Tú has de ser
la causa de mi mal siempre.

LESBIA:
Sí, que está en tu mal mi bien.
Mi intento es que de este agravio
te vengues, si a Troya ves
llorar en pardas cenizas
un agravio y un desdén.
Ten honor, si eres marido,
ten celos, si quieres bien,
olvidala con amarme,
paga con aborrecer,

a quien te agravia y olvida
que esto es honra y valor es.
Yo te busco, ella te huye,
yo te adoro, ella cruel
te deja, mira a quién debes
amar y favorecer.

NATALIO:

¿Yo he de agraviar a mi esposa?
¿Yo a mi Teodora ofender?
¿Yo enlazarme en otro cuello?
Rayos caigan sobre aquel
que me dividió del suyo,
seguro jamás esté
en tierra, en agua ni en viento,
aves le maten en él,
y en la tierra y en el agua
fiera airada y voraz pez.

LESBIA:

Pues ya, ingrato, que me apuras,
te quiero dar a entender
quién es Teodora.
Teodora al otro lado de la maroma

TEODORA:

Teodora
te dirá, esposo, quién es
algún día, y a esta fiera,
por fiera la llevaré
a los montes. (Vuelan)

LESBIA:

Muerta soy.

TEODORA:

Ya, esposo, te vine a ver.

NATALIO:

Aguarda esposa, señora.
¿Tan presto te escondes? Ven
a consolar a este triste
si quieres que vivo esté.

Vase, y sale Zurdo de fraile, con una bota debajo.

ZURDO: Con nombre de caballero
en el monasterio estoy,
donde me finjo que soy
un santo, siendo embustero.

Con que les doy a entender
que no duermo y que no como,
y de cuando en cuando tomo,
hartándome de beber
con mil tragos importunos.

Ciertos lobatos, que son
éxtasis de la oración
o arrobos de los ayunos,
el santo Zurdo me dicen,
sin que éstos echen de ver
que un zurdo no puede ser
santo, aunque le canonicen.

(Va sacando, y come, y bebe)

Este es mi cilicio, y son
aquestas mis disciplinas:
mezclar aquestas espinas
con vino, carne, y jamón
procuro, mientras están
en silencio los hermanos,
que azotes tan inhumanos
así mis tripas se dan.

Así, jumento, es razón
que os trate Fray Zurdo, así
me lo pagaréis a mí,
con azotes de jamón,
y con cilicio de vino. (bebe)

Aún estáis rebelde y fiero,
otro ciliciazo espero
echaros, que así imagino
domaros.

(Salen los dos Frailes)

MONJE:

Padre, aquí está
azotándose el hermano.

ABAD:

Es un santo.

MONJE:

Caso es llano
que luego se arrobará.

ZURDO:

Si me ha visto... esconder quiero
el cilicio y disciplina.

MONJE:

Con qué modestia divina,
aunque turbado y severo,
escondió los instrumentos
de su martirio.

ABAD:

No son,
Padre, ni es justa razón,
para todos los momentos
las penitencias.

ZURDO:

Estragos
estos del demonio son,
y así en cualquier ocasión
me parecen bien los tragos.

ABAD:

Padre, en virtud de obediencia
vaya a comer.

ZURDO:

¿Yo, a comer?
Bástame, Padre, beber
la mirra de penitencia.

ABAD:

Pues váyase pronto.

ZURDO:

Hará
Fray Zurdo lo que le manda,
mas si el cuerpo se desmanda,
unos traguitos habrá
que aún quedan en el cilicio. (Vase)

MONJE:

Es un varón ejemplar.

ABAD:

Hasta en esto quiere dar
de que es caballero indicio.
En fin, Padre, recibí
aquel mozo que hace días
con sollozos y porfías
de rodillas puesto vi.
Que del convento a la puerta
sin temor quedó aguardando
las fieras, con esto dando
señal de que ha sido cierta
y santa su vocación.
En nuestro convento ha estado,
y ahora he determinado
probarle en esta ocasión
tan peligrosa, como es
ésta de pedir el pan,
que las eras donde están
en escuadrón descortés
hombres y mujeres juntos,
a donde los pensamientos
se enflaquecen por momentos,
y el pecar crece por puntos.

Sale Teodora de fraile

TEODORA:

Déme vuestra caridad
a besar sus santos pies.

MONJE:

En el rostro un ángel es.

ABAD:

Si lo que dice es verdad,
Padre, ahora lo veremos,
levante, hermano Teodoro.

TEODORA:

Déme esos brazos que adoro.

ABAD:

Los brazos sí le daremos.
Tome, hermano, el jumentillo,
y a Reci vaya a pedir
el pan que ha visto salir
de los rigores del trillo.

Mire cómo en sus espigas
se profana su tesoro,
y ellos con tanto decoro
salen con tantas fatigas
a darle vida y sustento;
así, hermano, debe hacer
el buen religioso, y ser
en obras y en pensamiento
oro puro y trigo puro.
No tengo más que advertir,
mozo es, y sale a pedir.

TEODORA.

Con Dios, Padre, voy seguro,
benedicite.

ABAD

El Señor
le bendiga, y haga un santo.

TEODORA:

Sólo puede hacer Dios tanto,
que soy muy gran pecador.

Vanse, y salen Alcina, Clarindo, Salucio y Anfriso,
y Gerardo, labrador, y cante uno:

Cuando la segaderuela
con los segadores anda
las espigas de oro
en sus manos blancas
parecen de plata.

Sale Lesbia

LESBIA:

Impensadamente así
entre estos montes me veo,
donde reconozco y creo
que a una inocente ofendí.
Por los aires me ha traído
Teodora, de los cabellos,
desvaneciéndome en ellos
porque quise a su marido.
Descubríle mi maldad,
y sin saber dónde estoy

ciega por los montes voy
que castigan mi maldad.
Sedienta vengo y cansada,
éste es el Nilo, en él quiero
mitigar la sed, yo muero
justamente castigada. Vase

SALUCIO:

Caso extraño, un cocodrilo
en el río se tragó
una mujer que llegó
a beber.

CLARINDO:

Beba en el Nilo
un mal casado.

ALCINA:

Mujer
miserable y desdichada.

SALUCIO:

Si hay tanta mujer sobrada
falta ninguna ha de hacer.

ALCINA:

¿Eso dices?

SALUCIO:

Eso digo.
¿Qué más abundancia quieres
de necios y de mujeres?

ALCINA:

Es de sí mismo enemigo
quien las quiere mal.

SALUCIO:

Malditas
sean todas.

ALCINA:

Tú lo seas,
y ellas no.

SALUCIO:

Viejas y feas,
pues son, Alcina, infinitas,
caigan con mi maldición
en un tormento cruel.

GERARDO:
Clarindo, monje es aquél.

ANFRISO:
Aquestos vigardos son
más dignos de estar así.

CLARINDO:
¿Quieres que al Nilo lo echemos?

ANFRISO:
Muera el vigardo.

CLARINDO:
Cantemos
y déjame hacer a mí.

ANFRISO:
Irá al cocodrilo.

CLARINDO:
Vaya.

ALCINA:
No, que es lindo el frailecillo
y tiene muy buena cara.

CLARINDO:
Pues por eso ha de ir mejor.

ALCINA:
Crueldad es darle sin causa
la muerte.

ANFRISO:
¿Ya eres piadosa?

ALCINA:
Pues, ¿cuándo yo he sido ingrata?

Entra Teodora

TEODORA:

Porque es justa la obediencia,
hermanos, venir me manda
a pedir la caridad.

ANFRISO:

Pues el padre nos la haga.

TEODORA:

¿En qué?

ANFRISO:

En traernos del Nilo
este cantarillo de agua.

TEODORA:

Sea muy enhorabuena.

ALCINA: ¡Con qué humildad, con qué gracia
dijo de sí el frailecillo! (Ap.)

Ya le estoy rindiendo el alma.

Vase Teodora

ALCINA:

No vayas, detente, aguarda.

ANFRISO:

Sin temor llega a la orilla,
y bendiciendo a las aguas
por ellas el cocodrilo
sale a postrarse a sus plantas.

SALUCIO:

Bravo prodigio.

ANFRISO:

Admirable.

CLARINDO:

Sobre la escamosa espalda
se ha puesto el fraile de pies,
y con humildad le pasa
de esotra parte del río.

GERARDO:

Santo parece, que en andas
procesiones de cristal
le llevan.

CLARINDO
Ya en la otra banda
se encubre.

SALUCIO:
Es santo varón.

GERARDO:
Cuando vuelva, en vez de vaya,
himnos dulces le cantemos
y gloriosas alabanzas.

ANFRISO:
Por los religiosos Dios
en él vuelve.

CLARINDO:
Son el arca
que abrasó los sacerdotes
cuando quisieron tocarla.

SALUCIO:
Ya vuelve, y vuelve con él
la mujer.

ALCINA:
Grandeza extraña.
Ya estoy perdida por él.
¡Qué fuego infernal me abrasa!

Salen Teodora y Lesbia

LESBIA:
Dame a besar esos pies.

TEODORA:
A Dios le debes las gracias
de este suceso, que a mí,
mujer, no me debes nada,
aunque de lo que me debes
es infinita la paga.
Dios, para hacer penitencia

te ha traído a esta montaña;
llora en ella tu desdicha,
pues a una honesta casada
adúltera hiciste ser
por una torpe venganza.

LESBIA:

¿Quién eres, varón divino;
que del infierno me sacas?

TEODORA:

Un ofendido de ti,
que de ti se desagracia
haciéndote bien.

LESBIA:

Confieso
que soy la mujer más mala
del mundo, y prometo a Dios,
Padre, de no hablar palabra
hasta que a Teodora vea
de su culpa perdonada,
penetrando de estos montes
las más incultas entrañas,
cortando en racimos de oro
los dátiles a las palmas,
su pórvido a los majuelos
y a los madroños su nácar. Vase

TEODORA:

Vete con Dios, y tú, horrenda
bestia, las entrañas rasga
y muere, porque no ofendas
a la gente.

ALCINA:

¿A quién no espantan
tan milagrosos sucesos?

CLARINDO:

Envuelto en su sangre nada
el cocodrilo, tirando
el sol diluvios de escamas.

TEODORA:

Ya, hermanos, les traigo aquí

el agua.

CLARINDO:

Démos sus plantas
pues vemos que Dios así
a los humildes levanta
y a los soberbios castiga.

TEODORA:

Hermanos, de esto que pasa
a Dios se ha de dar la gloria.

CLARINDO:

Padre nuestro, a questa parva,
que así en pirámides de oro
hasta el cielo se levanta,
desde hoy es suya, al convento
la lleve toda.

TEODORA:

La carga2055
de mi jumentillo sobra.
Yo me voy.

ALCINA:

Pues cuando salga
por azucenas y rosas
el flamante sol mañana,
del montón más rubio y bello
que lluvias de oro retrata
la escogerá, y pues la noche,
vestido de sombras pardas
forman las sombras que fingen
gigantes que al mundo espantan,
venga a cenar con nosotros,
y luego mullida cama
sobre las crespas gavillas
le haremos. (Ap) Enamorada
y perdida estoy por él.

TEODORA:

A mí por rezar me falta
parte de mis oraciones,
y los que la regla guardan
del gran celador Elías,
sólo legumbres amargas

una vez al día comen,
y así cenando quebrara
el precepto; yo haré aquí
después cama de estas pajas.

CLARINDO:

Alto pues, vamos nosotros
a cenar y a echamos; canta
tú, Alcina, y responderemos.

ALCINA:

En el sayal dejo el alma,
que es el frailecillo bello
como un oro, mas cobrarla
pienso cuando duerman todos,
porque en el alma más casta
la mujer es como aceite,
que en llegando deja mancha.
(Canta) Cuando la espigaderuela
con los segadores anda,
las espigas de oro
en sus manos blancas
parecen de plata.

Vanse y queda Teodora

TEODORA:

Lisonjas del sueño son
estas gavillas, que guardan
granos de rubís sangrientos
en conchas de limpio nácar.
Booz, dueño en las espigas,
halla a aquesta Rut templanza
para que cogerlas pueda
más segura y más cansada.
Oh, noche negra, en tu manto
se confía mi esperanza
para que me ausente, libre
de seguras acechanzas.

Sale Alcina

ALCINA:

Ya quedan todos dormidos,
y loca y desesperada
vengo a emprender imposibles,

que en amor tal vez se alcanzan.
Sepultado está en silencio
el mundo, y mal dibujadas
las estrellas, no descubren
sus epiciclos de plata.
Imagen es esta noche
de aquella que vio engañada
Teodora, su honor perdido,
que la noche es puerta falsa
de adulterios y traiciones
que el pecho más noble infama.
Cerca estoy de dar con él,
que aquí pienso que descansa.
Llamaréle con silencio:
Padre, Padre..

TEODORA:
¿Quién me llama?

ALCINA:
Una mujer afligida.

TEODORA: ¡Válgame Dios!

ALCINA:
¿Qué? ¿Te espantas
de una mujer?

TEODORA:
De una sierpe
llena de veneno y rabia,
de un rinoceronte libio
ni de un león me espantara,
y de una mujer me espanto
resuelta y determinada,
porque es más fiera que monstruo,
sierpe, tigre y León de Hircania.

ALCINA:
¿Eso dices?

TEODORA:
Esto digo.

ALCINA:
Entre mis brazos descansa,

pues no hay nadie que nos vea.

TEODORA:

Aparta, enemiga, aparta,
que a estas horas salir puede
el sol, y volver la espalda
al pecador que le ofende,
y no habrá luna que salga.

ALCINA:

¿Tan buena ocasión desprecias?
Dame esas manos que abrasan
siendo de nieve

TEODORA:

En las tuyas
te quiero dejar la capa,
y si es toro el apetito,
en ella sus golpes haga.
(Deja la capa y vase)

ALCINA:

Espera, enemigo, espera.
¿Hay tal desprecio, hay tal rabia?
Ya es odio mi loco amor,
y mi deseo es venganza.
Dar voces quiero, diciendo
a la gente de mi casa
que este ingrato me ha forzado,
que castiguen su arrogancia.
Que así mi delito encubro,
y, pues me siento preñada
del zurdo que me engañó,
le doy crédito a mi fama.
Salucio, Anfriso, Clarindo,
segadores, gente hermana.
Salen todos

CLARINDO:

¿Qué tienes? ¿De qué das voces?

ALCINA:

Es veneno en mí la infamia:
el fraile, el santo, el fingido,
el que aquí durmiendo estaba
me engañó, y poniendo el fiero

las manos en mi garganta,
y sus labios en mi boca,
mi honestidad limpia y casta
profanó, y esta señal
me dejó; mirad si es causa
de dar voces.

CLARINDO:

Muera el fiero,
si en los abismos se escapa.

SALUCIO:

¿Hay tal maldad? ¿Quién tal obra
creyera de sus palabras?

CLARINDO:

Muera este santo fingido,
que a las mujeres engaña.

ALCINA:

Aun más adelante pienso
pasar con esta venganza,
que una mujer es demonio
cuando la ofenden y agravian.

TERCERA JORNADA

Salen Teodora y Zurdo, de donado y gracioso

TEODORA:

Dice Dios, no quieras ser
como el hipócrita triste;
ilustra tu ingenio y viste
tu espíritu de placer.
Unge tu cabeza cuando
ayunes, y así sería
bien que de la hipocresía
con que se está condenando
se desnude, y mire, hermano,
que a sí se engaña, no más,
y pues no ayuna jamás,
no quiera, hipócrita y vano,
dar a la gente a entender

que es santo; enmiende su vida,
que su santidad fingida
un infierno viene a ser
cubierto de cielo.

ZURDO:

Hermano

fray eunuco, o fray capón,
que estos sarandajas son
del mundo, y mundo en lo vano.
¿Él a Fray Zurdo se atreve?
¿Hay tan gran profanidad?
¿Mácula en mi santidad,
un Fray Tiple? Su voz mueve
sin duda alguna Legión
de satanases capados,
pues dicen que desbarbados
todos los demonios son.
¿Yo hipócrita? ¿Yo, que ayuno
todos los días? Estoy
hasta que azotes me doy
sin apiadarme ninguno.
Yo, que perpetuo cilicio
traigo sobre el corazón,
cuyas fieras cerdas son
los tragos de sacrificio.
Ya me aburro y me confundo,
sacrílega lengua; en mí
vuelvan por su santo aquí
todos los zurdos del mundo.
Jesús, Jesús, más valiera
pues que sabemos que fue
su hermana adúltera, que
a ella la reprehendiera,
sin gastar el tiempo aquí
en maldicientes porfías
reprehendiendo faltas mías.

TEODORA:

Mi pecado es contra mí,
que es limpio cristal en quien
se mira patente y clara,
que en mirándole a la cara
se ve el delito muy bien.
Cese su injusta querella;
yo confieso que mi hermana

fue, como dice, liviana,
mas tan trocada ha de vella
de la culpa que le da,
que la que fue sin decoro
Teodora, sin ser Teodoro,
un nuevo Teodoro es ya.
Y ahora, para que vea
que es su santidad fingida,
saque toda la comida
de las mangas, con que afea
nuestra santa religión.

(Sáquele del pecho y mangas, rábanos,
pan, fruta, queso y una bota)

ZURDO:

Deo gratias, que me profana.

TEODORA:

¿Con estos azotes gana
el cielo? Mas, la ración
de casa no es tan cumplida
como aquesa, y ¿quién le ha hecho
ese cilicio del pecho?
Gran varón, ejemplar vida.

ZURDO:

La sardina es apetito,
el rabanito y el queso
todo el mundo traen en peso;
el pan siempre fue bendito.
La aceituna siempre fue
discreta y apetitosa;
el jamón es santa cosa;
y lo demás que aquí ve
Dios lo crió para el hombre.
El vino, del cielo vino,
y si esta vida es camino
de la gloria, no se asombre
que de bota me prevenga
para caminar por él.
Entra el Monje y el Abad

MONJE:

Padre, Teodoro es aquél.

ABAD:

Camine, no se detenga.
Deo gratias, ¿qué es esto?

ZURDO:

Son
prevenciones de Teodoro,
que con tan poco decoro
macula la religión.
Esto en las mangas traía,
y como de un mes acá
espíritu Dios me da
de sagrada profecía,
sabiendo tan gran maldad
quise hacer esta experiencia.
Una grande penitencia
le dé Su Paternidad.
Que yo con este cilicio
(mirando a la bota)
mis carnes apretaré
por él, y a azotes haré
mi digno y piadoso oficio,
hasta que, peinadas canas,
publiquen mis devociones.
porque todos los capones
son calabazas humanas.

ABAD:

¡Oh, varón perfecto y santo!
Sólo él descubrir pudiera
tal engaño y tal quimera.
Lleve de aquí monstruo tanto,
que mirarlo desatina.

ZURDO:

¿Que en las mangas le cupiera
tanto Pan, tal rabanera!
Mas enfermo de la orina
el padre debe de ser
(Toma la bota, y bebe y escupe)
¿Ésta es agua? ¿Hay desatino
mayor? Pues vino es! Que vino
se atreva un monje a beber
fuera de su refitorio!
Gran pecado, gran pecado.
Éste que bebí engañado,

pagaré en el Purgatorio
con mis lágrimas.

(Vase Zurdo llevando todo lo que sacó de la manga
Teodora, y la bota)

ABAD:

¿Es esta
su vida contemplativa,
y aquella humildad altiva,
y compostura modesta
que en todas las ecasiones
de casa finge? ¡Ah, Teodoro,
Teodoro!... ¡Qué mal el oro
dio muestra en sus invenciones
de la virtud! Coma un mes
en tierra lo que le echaren
de las sobras que dejaren
los Padres, a quien después
darán una disciplina
cada día.

(Hasta aquí ha estado cabizbaja Teodora)

TEODORA:(de rodillas)

Yo confieso
mi pecado. Sé el proceso,
Padre, que Dios me fulmina;
de la penitencia estoy
contento y agradecido.
Por el regalo le pido
los pies, confieso que soy
el más malo de la tierra.

ABAD:

Levante. (Sale Zurdo de rodillas)

ZURDO:

En cobro dejé
las legumbres que llevé.

Sale Alcina con un niño envuelto en la capa blanca
De Teodora, y los villanos

ALCINA:

Castíguese así el que yerra.

ZURDO:

Ésta es Alcina, y aquí
se descubre mi maraña.

ALCINA:

Monstruo soy de esta montaña.

ZURDO:

Yo quiero encubrirme así.
(Vuélvese de espaldas)

ALCINA:

¿A dónde está el Padre Abad?

ABAD:

Yo soy.

ZURDO

No la crea nada,
porque viene endemoniada.

ALCINA

Oiga, Padre, la maldad
más bruta que ha sucedido
en religioso jamás.

ZURDO

Zurdo, en tentación estás
si Alcina te ha conocido.

ALCINA:

Yo soy, Padre Abad,
la que en estos montes
fue entre sus zagalas
fiera de los hombres,
y a la virgen rosa,
que esmeraldas rompe
cercada de espinas,
reina de las flores.
Mas esta virtud
y estas perfecciones,
sacrílego, pudo
profanar un monje.
Llego, Padre, al fin,
cuando eran los montes
océanos de oro,

en ondas conformes,
aunque profanados
de las corvas hoces
querían que fuesen
diluvios entonces.
Zagales me siguen
en coros acordes,
suspendiendo el aire
sus canoras voces.
Mis ojuelos negros
parecían soles,
dando a vidrios causa
de sus deshonores.
Cuando al mar bajaba
con plantas veloces,
el sol asombrando
nuestros horizontes,
hacíamos bailes,
juegos, invenciones,
hasta que el cansancio
nos daba sin orden
cama en las gavillas,
silencio en las noches.
Así descuidada
durmiendo una noche
estaba yo, Padre,
libre de traidores,
cuando mi sosiego
y paz interrompe
una voz confusa,
con halagos torpes.
Recordé alterada
y quise dar voces,
mas en la garganta
las manos me pone.
Quise defenderme,
valerosa y noble,
mas son más valientes
las resoluciones.
Fuime retirando
a un pradillo, a donde
redimirme pienso
de mis deshonores,
mas como la yerba
el llanto recoge
del alba, y estaban

mojadas entonces,
resbalé y caí,
y del fiero golpe
me hice un cardenal
tan grande y disforme,
que a los nueve meses
parí este chicote.
Conózcale, Padre,
aunque nada importe
que no le conozca,
si al Dios no conoce.
Envuelto le trae
su blanco capote,
porque de una vez
sus dos prendas cobre;
y porque el delito
ninguno le ignore,
sepan todos que es
éste que se encoge,
(señala a Teodora)
éste irregular,
éste que con nombre
de santo fingido
hace estas traiciones.
El padre le críe,
que yo, sola y pobre,
haré que mis ojos
en mar se transformen.
Lisonjeras causas
de mis deshones,
mas si ellos la dieron,
justo es que la lloren,
y ellos de ellos mismos
la venganza tomen.

ABAD:

Mujer, ¿es eso verdad?

GERARDO:

Nosotros testigos fuimos
del caso, porque acudimos
después que tan gran maldad
cometió, y llorando hallamos
a Alcina con su capote.

TEODORA:

El mundo las faltas note
como en otros las miramos,
de una mujer cuando es mala.
Mas vengan persecuciones,
que Dios, con las aflicciones
me engrandece y me regala.

ZURDO:

Vuelvo en mí. Lo que hice yo
le echa al triste desbarbado.
¡Ah, mujeres!

ABAD:

¿Que un pecado
tan enorme cometió?
¿Qué dice de esto?

TEODORA:

Que soy
quien cometió por Alcina,
corriendo al sol la cortina,
las culpas por quien estoy
de aquesta suerte llorando
por no ver ya luz ninguna,
aunque me salió la luna,
que es la que me está alumbrando.
Y tú, maldita mujer,
con quien en esta ocasión
la prueba de Salomón
prudente quisiera hacer,
¿cómo es posible que así
arrojas al que formaste
en tus entrañas? ¿Hallaste
fiera que se iguale a ti?
¿Hay fiera más inhumana
que niegue lo que parió?
¿Qué Medea te engendró,
qué Hipermestra torpe y vana?
Saturno debes de ser,
monstruo de naturaleza,
mas eres en la fiereza
mujer, y mala mujer.
¿Qué infierno, di, te ha engendrado?
¿No basta, en tanto pesar
haberme hecho pecar,
sino echarme tu pecado?

ALCINA:

Pues, ¿qué quería? ¿que yo
el hijuelo le criara,
y que mi caudal gastara?
Malos años; pues pecó
sepa el mundo su pecado;
que aun el niño, que lo ignora
de avergonzado no llora.
[Ap.] Lindamente me he vengado.
Vamos, serranos, de aquí.

TEODORA:

Monstruo de aquestas montañas,
¿la prenda de tus entrañas
te puedes dejar así?

ALCINA:

Su padre le amparará,
que aunque es malo, al fin es padre.

TEODORA:

Como es ángel, mejor madre
dirás que el Cielo le da.
Yo le ampararé, cruel, (tómale en brazos)
por ti.

ALCINA:

Quien hizo el cohombro
es bien que le lleve al hombro.
Muy bien parece con él.

CLARINDO:

Esa limosna cogió,
padres, el monje en las parvas.
No es eunuco, aunque sin barbas.

ALCINA:

Por mi mal lo supe yo.
Vanse Alcina y villanos

ABAD:

¡Que tan enorme maldad
cometiese un religioso!
Que salga luego es forzoso
de nuestra comunidad,

y no diga que de Elías
es hijo monje tan malo.

TEODORA:

Perder tan grande regalo
lloraré noches y días.

ABAD:

La capa, y blanca capilla
y escapulario le quiten,
que esas prendas no permiten
alma que el vicio amancilla.
Baje del Carmelo a Ebrón
el que en las maldades crece,
que ser hijo no merece
de tan santa religión. (Vase)

MONJE:

¡Que era su virtud fingida,
que era su apariencia engaños,
hipócrita de los años
y la penitente vida!
¿Quién pensara igual maldad?
Pero, ¿qué más clara prueba,
si así el testimonio lleva
de su poca santidad?
No hay disculpa que le cuadre,
mire que tan malo ha sido
que aun el niño está corrido
de tener tan torpe padre.
La tierra de promisión
pierda el que el becerro ofrece
que ser hijo no merece
de tan santa religión. (Vase)

ZURDO:

No me reprehenda ahora
el padre calvo de cara,
mas, ¿qué mucho, que imitara
así a su hermana Teodora?
Vaya el fingido capón,
que gallo al mundo parece,
que ser hijo no merece
de tan santa religión. (Vase)

TEODORA:

A ti, Señor, clamé de los profundos,
escucha la voz mía,
pues eres en dos mundos
dueño del breve y del eterno día,
donde el sol que le asombra
dilatado a tus pies sirve de alfombra,
con bordados de estrellas
pareciendo la luna plata en ellas.
No te llamo por mí, que mi pecado,
soberano Dios mío,
de Sión me ha sacado
a llorar en las márgenes del río
mi cautiverio triste,
que un pecador en Babilonia asiste,
para que mi pecado,
sí cometido mal, sea bien llorado.
Por este ángel te llamo, que he querido,
si esa voz me socorre,
ser como el retraído,
que asaltado y cercado en una torre
con un niño pretende
aplacar la Justicia que le ofende.
Y así, en daño tan claro,
con el Señor, de tal rigor me amparo.
Que hubiese monstruo atroz, que hubiese fiera
de tan torpes hazañas
que el alma aborreciera
que dulce parto fue de sus entrañas...
Que así un ángel peligre...
Más fiera es la leona, más la tigre.
Mas, ¿qué furia se iguala
a una mujer resuelta y en sí mala?
Inocente criatura,
desamparada del calor materno,
que en aquesta espesura
os halláis sin amparo y sin gobierno,
¿qué puedo hacer de vos, si mis delitos
miro en la tierra y en el ciclo escritos?
¿dónde irán mis gemidos?

Aparece en lo alto la Virgen en una canal, y Teodora se
pone en otra; ha de bajar la una y subir la otra a su tiempo.

MARÍA:

A mí, que soy la Madre de afligidos.
De mí te acuerda en este desconsuelo

cuando a Herodes huía
con el autor del cielo,
amorosa mitad del alma mía,
llevándole en pañales
por montes desiguales,
afligida y cansada.

TEODORA:
¿Quién, Señora, se vio tan consolada?

MARÍA:
Dame el niño y llega el pecho
(Ahora sube, y baja María)
para que le infunda el mío
el soberano rocío
con que quede satisfecho.
(Aquí se juntan iguales)
Mi hijo podrás llamarle
como tuyo, pues desde hoy
leche, Teodora, te doy
para que puedas criarle.

TEODORA:
¿Qué más el niño desea,
si Vos la leche me dais?
Mas, si así le alimentáis,
¿queréis que hecho Dios se vea?
¿Quién hay que tal dicha crea?
¡Válgame Dios, qué favor!
¡Qué regalo, qué ventura,
que extrañas muestras de amor!
¡Que merezca la criatura
el sustento del Criador!...

MARÍA:
Queda en paz, amiga mía.

TEODORA:
A la mayor pecadora
tal favor...

MARÍA:
El niño cría,
que entre estos Montes, Teodora,
ha de hacerte compañía.

TEODORA:

En mi destierro confuso
será el ángel que me valga.

MARÍA:

Así el cielo lo dispuso
hasta que la luna salga
con el sol que se te puso.

Sube la canal de la Virgen y baja la otra, y cúbrense en
sus puestos, y sale Lesbia vestida de pieles, y Natalio
tras ella, y ella pasa alrededor y vase.

NATALIO:

Aguarda, monstruo espantable,
que es tu resistencia poca
a la furia de mis brazos.
Pero, vete, Esfinge hermosa,
que entre escamas y entre pieles
el acento humano formas
para matar en el Nilo
a los míseros que gozas;
vete.

Salen Lipsio y Hemo

HEMO:

¿Mataste la fiera?

NATALIO:

Era una esfinge engañosa,
y ha sido milagro, amigos,
escaparme de sus roscas.

HEMO:

No puede ser que sea esfinge,
que viste escamas y conchas,
y no pieles, y ésta el rostro
de rubia melena adorna
y va de pieles cubierta.

LIPSIO:

¿Dónde se escondió?

NATALIO:

Esas rocas

tan fatigadas de encinas
la encubrieron.

HEMO:

Ya es forzosa
la ejecución. Tú entre tanto
puedes hurtarte, a las sombras
de esos álamos gigantes,
al sol.

Vanse los dos criados

NATALIO:

No hallo gusto en cosa,
todo es eterno disgusto,
todo es eterna discordia,
en la soledad descanso
solamente, y pues a solas
me han dejado mis criados,
quiero ocupar la memoria
con mis propios pensamientos
y mis esperanzas locas.
Ay, prenda del alma mía,
ay simple y mansa paloma,
¿es posible que dos años
de tu Natalio te escondas?
¿Dos años solo me dejas?
¿Qué en dos años no conozcas
el nido donde viviste
en conformidad dichosa?
Pero pues de él no te acuerdas,
sin duda en otro reposas.
Mas, no puede ser, que fuiste,
entre apacibles lisonjas,
ave de cándidas plumas
que en las márgenes retoza
de este arroyo limpio y claro,
y en amistad tan forzosa
envidia de amor tirano
nos dividió de esta forma.
Mal haya amor, si él ha sido
la ocasión de esta congoja.
Pero, ¿qué es esto que veo?
(Mira al suelo, y lee en la corteza de un árbol)
Adúltera fue Teodora
dice esta verde corteza,

y lo mismo dice esotra.
¡Válgame Dios, muerto soy!
Muy pública es mi deshonra,
que con almas vegetables
así los troncos me informan.
¡Oh, casada fementida (con furia)
ya no paloma amorosa,
cuervo ingrato, sí, vestida
del color de mi congoja.
¿De qué agravios, mano ingrata,
te vengas de aquesta forma?,
que son venganzas cobardes
las que a la espalda se toman.
Escribieras en mi pecho,
y no en las corteza toscas
de estos árboles, que así
el desdichado me nombran.
No ha de quedarme en la selva
(Mete mano, y corta los árboles furioso)
tronco a quien fuego no ponga,
rama que no despedace
y mi venganza conozca.
Caed, bárbaros testigos (da cuchilladas)
de mi afrenta.
(derriba ramas, y dice dentro Fidelfo)

FIDELFO:
Mirad, hola,
quién con espadas y voces
nuestro silencio alborota.

MANDIO:
Ladrones serán sin duda.

FIDELFO:
Mandio, esos caballos toma.

NATALIO:
Quiero llamar mis criados,
que poco una espada corta
contra tantos enemigos,
y quiero que reconozcan
en los troncos mis desdichas,
pues ellos no las ignoran.
¡Mal haya amor, si él ha sido
la ocasión de mi deshonra!

Vase entrando poco a poco, acuchillando los árboles.
Salen Fidelfo, Hemo y Lipsio, sus criados, y Mandio

HEMO:

Un hombre es, que acuchillando
está los árboles.

MANDIO:

Loca
acción. Hombre, ¿qué haces?
(Dice dentro Natalio)

NATALIO.

Castigo a los que me enojan. (Vase)

MANDIO:

Entróse, no perdonando
los árboles, que destroza
por lo intrincado del valle.

FIDELFO:

Pues es la distancia poca,
seguidle.

MANDIO:

Y será, señor,
imitándole en las obras. (Vanse)

FIDELFO:

Dichosas soledades,
lisonjeros alivios de mis penas,
en vosotras descanso solamente,
vosotras con purísimas verdades
para agravios de amor sois las más buenas,
que en vosotras más bien el mal se siente,
¡Oh, quién eternamente,
os gozara en mental filosofía!
Que es necia del amor la compañía.
A Menfis voy forzado
de un padre que me lleva a verme muerto,
desdichado de mí, que amor me tiene
a fieros imposibles condenado,
cuando es el medio del remedio incierto.
¡Oh dichoso desierto
para que el alma pene

donde de mi dolor puedo quejarme
sin que un necio pretenda consolarme!
Mas, cielos, ¿quién ha puesto
en este tronco el nombre de Teodora
con tan vil epíteto en su pureza?
Amor sería trágico y funesto,
que la virtud con lengua vil desdora
ejecutando el gusto y la torpeza.
¡Ay, divina belleza!
Árbol, te he de enlazar, pues como Apolo
(abraza al árbol)
busco mujer, y encuentro un árbol solo.
¡Ay, amante aborrecido!
Mi triunfo te pienso hacer,
que árbol Teodora ha de ser
como árbol Dafnes ha sido.
Mas, gente viene. Si son
mis criados... Esconderme
quiero de ellos, por poderme
ganar en esta ocasión.
Escóndese y sale Teodora sola

TEODORA:

Mirándoos, limpio cristal
tan claro y tan transparente,
hallé el ejemplo presente
de mi bien y de mi mal.
Vuestro curso es natural,
pero tal el mío ha sido
que accidentes ha tenido
de mi absoluta potencia,
pues tomé tanta licencia
para mi honor ofendido.
(Mira a los árboles)
Letras, ¿qué es lo que queréis
cuando muerta me dejáis?
Mucho en mi daño apretáis
después que mortal me veis.
Mi pecado me ponéis
donde yo le pueda ver,
sin duda debéis de ser
las letras de Baltasar,
pues que me queréis matar
cuando yo os llevo a leer.
Lloren mis ojos mi culpa,
y así alcanzarán perdón,

que una firme contrición
será en mis males disculpa,
pero si el llorar me culpa
¿cómo he de tener descargo?
Con exceso ha sido el cargo.
¿Quién pudiera en mis enojos
dar el alma por los ojos
a fruto que es tan amargo?
Salgan del mar de mi pecho
en rotas y abiertas venas,
lágrimas que lloren penas
vertidas en mi provecho:
quede mi Dios satisfecho,
mas si de fruto no fueron
lágrimas que no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré a la mar,
pues que de la mar salieron.

(Da vuelta un árbol, y esté en el hueco un ángel, o
corran una cortina y esté encima del árbol)

ÁNGEL:
Teodora.

TEODORA:
¡Ay Dios! ¿Quién me llama?

ÁNGEL:
Yo soy, mira el monte ahora.

TEODORA:(lee)
Santa y justa fue Teodora.
También el monte me infama,
que inmensas mis culpas fueron.

ÁNGEL:
Dios te justifica en él.

TEODORA:
¿Quién le ha movido?

ÁNGEL:
Con él
lágrimas, ¿qué no pudieron?

TEODORA:

Ay, venturoso llorar,
¿qué bronces no habéis vencido?

ÁNGEL:

Tus lágrimas han podido
tanta dureza ablandar.
Dios, sin que excusa te valga
manda volverte al convento.

TEODORA:

¿Recibiránme?

ÁNGEL:

Al momento,
porque en él el sol te salga.

(Tocan, y vuélvese el árbol, o cúbrese)

FIDELFO:

¿Es sueño, o es ilusión
de mi loca fantasía?
Sin duda el cielo me envía
tan soberana ocasión.

TEODORA:

¿Hay más soberana empresa?
Ay, venturosa Teodora,
vamos al convento ahora.
Sale Fidelfo y ásela

FIDELFO:

¿Cómo, si te tengo presa?

TEODORA:

Ay de mí, ¿quién eres, hombre?

FIDELFO:

Fidelfo soy desdichado.

TEODORA:

¿La imagen de mi pecado
quieres que otra vez me asombre?
Déjame, mira que soy
ya de Dios, y que Él me guarda.

FIDELFO:

Nunca el temor me acobarda
cuando tan resuelto estoy.

TEODORA:

Furor del infierno es ése.

FIDELFO:

Del infierno es mi penar,
y a Menfis te he de llevar,
Teodora, aunque al mundo pese.

TEODORA:

Teme a Dios.

FIDELFO:

Demonio soy.

TEODORA

¿Eso dices?

FIDELFO:

Esto digo.

(Sale un ángel en un caballo. En un bofetón con una
espada desnuda cae Fidelfo)

ÁNGEL:

Teodora, no hay enemigo
valiente donde yo estoy.

FIDELFO:

Muerto soy.

ÁNGEL:

Ya este gigante
te postre, ven.

TEODORA:

Israel
el triunfo alabe, y por él
himnos y versos te cante.

ÁNGEL:

Llevarte quiero a la puerta
del convento, que a tal hora

la has de hallar con el aurora
en campos de plata abierta.

TEODORA:

Paraninfo soberano,
mi gloria es obedecerte,
mas, ¿cómo he de ir?

ÁNGEL:

Desta suerte:
dame, Teodora, la mano.

Dale la mano, y átese del caballo. Suben arriba y luego vuelan,
y cúbrese todo con música. Entran Mandio y Hemo,
criados de Fidelfo. Él está en el suelo. Anda Fidelfo arrastrando.

MANDIO:

Por la intrincada espesura
no podemos dar con él.

HEMO:

Mandio, ¿no es Fidelfo aquel
que al monstruo alcanzar procura
arrastrando?

MANDIO:

Él es, sin duda
que el monstruo le dio la muerte
y le sigue de la suerte
que ves.

HEMO:

Uno al monstruo acuda,
y otro a su remedio.

MANDIO:

Yo
sigo la fiera. (Vase)

HEMO:

¿Qué es esto,
señor? ¿Quién así te ha puesto?
(Menea la cabeza por señas, porque no puede hablar)
¿No puedes hablarme? ¿No?
¿Estás herido, no sabes
quién te derribó en el suelo?

¿El cielo? ¿Cayó del cielo
algún rayo? ¿Antes que acabes
quieres llegar a un convento
que está muy cerca de aquí?
¿Sí? Pues susténtate en mí.
¿Qué temes, mirando al Cielo?
¿Ves alguna cosa? ¿No?
Sin duda que alguna hiena
de las que cría en su arena
el Nilo, le enmudeció,
que hombre no las ve jamás
que el habla no pierda así.
Ninguno viene tras ti,
no vuelvas el rostro atrás.
Ora ha pasado por él
sin duda, aunque amor, si dura
suele trocarse en locura
y éstos son efectos de él.

Vanse, y sale el Abad y el Monje, y cantan dentro

Cantan:

Venerables padres,
pues piadosos sois
abridle las puertas
al santo varón.

ABAD:

¿Quién es este justo
para honrarle yo?

(Cantan): El primero que entre
por las puertas hoy.

ABAD:

Bendito sea el que viene
en el nombre del Señor.
Padres.

MONJE:

Padre mío... (Entra Fray Zurdo)

ABAD:

¡Ay, mi padre! ¿Oyó
las voces del Cielo?

MONJE:

Tras su admiración
salí de mi celda.

ZURDO

Y yo, en el rigor
de mis penitencias
dejé la oración,
suspenso, tras ella.

ABAD:

Pues ya sale el sol,
vaya, abra las puertas.
Entre este Hilarión,
este Onofre o Pablo.

MONJE:

Pues le envía Dios
tal será su vida
y su perfección.

ABAD:

Avise a los padres.

MONJE:

Todos al rumor
celestes han salido
a los claustros.

ZURDO:

Voy,
Padre, a abrir las puertas.

ABAD:

Vaya, que es razón
que un santo a otro santo
reciba.

ZURDO:

Yo soy,
Padre, el brazo zurdo
de esta religión,
y siéndolo, es fuerza
ser gran pecador. (Vase)

ABAD:
Grande es la virtud
y la perfección
de este santo lego.

MONJE:
Envidioso estoy
de su santa vida.

ABAD:
Nuestra religión
no ha visto en los claustros

MONJE:
templanza mayor.
La porción de un día
en él es porción
de un mes.

ABAD:
Sus ayunos
me ponen temor.
Entra Fray Zurdo

ZURDO:
Pienso que las voces
han sido ilusión.

ABAD:
¿Cómo?

ZURDO:
Fue el primero
que abriendo llegó
el monje que infama
nuestra religión,
el que a las doncellas
les quita el honor,
el inobediente.

ABAD:
¿Quién?

ZURDO:(Ap.)
Perdido soy

si éste a casa vuelve.
Estas señas son
las de Fray Teodoro.

ABAD:
¿Qué dice?

ZURDO:
Que entró
y que sus pies llega
con poco temor
del Dios, ni del Cielo.

ABAD:
¿Hay resolución
a esta semejante?
Padres, yo me voy.
Entra Teodora

TEODORA:
Padre, a vuestros pies
el pródigo vuelve
tan roto, que apenas
podréis conocerle.
Desde que dejó
vuestro sacro albergue
sus ojos han sido
dos diluvios siempre.
Así las virtudes,
mentidos deleites,
túnicas del alma
rompen y envejecen.
Sólo, Padre, os pide
la cama en que duermen
los perros, que ser
pretende su huésped,
como de sus sobras
migajas le diesen,
que el plato de Dios
es omnipotente.
Si este nombre de hijo,
Padre, os entenece,
aunque ingrato y malo,
hijo es el que viene.
Admitidle en casa
para que os celebre,

perdonando grato,
pues humilde viene.
Y si no por mí,
vuestro nieto es ése
que dejo a las puertas,
que no quise que entre
hasta que yo alcance
perdón y mercedes.
Por aqueso ángel,
por ese inocente,
alcancen mis ansias
perdón, si se puede.

ABAD:

Al hijo, por su inocencia,
admitirle será justo,
pero a un padre tan injusto
será admitirlo indecencia.
Entre el niño, él salga luego
de nuestra limpia clausura
que está con él mal segura,
porque el vicio es como el fuego.

TEODORA:

Señor, rogadle por mí.

ABAD:

Salga luego.

TEODORA:

Padre mío.

ZURDO:

¿Hay tan grande desvarío?
Ea, váyase de aquí.

TEODORA:

¡Qué hipocresía fingida!
Padre, enternecedle vos
ahora, por amor de Dios.

MONJE:

Que a este hermano no despida
que se enternece infinito.

ABAD:

Su humildad me enterneció.
¿Qué impulso al alma llegó?
Ahora, Padre, yo le admito,
mas ha de ser en la huerta
en una celdilla pobre
que está allí.

TEODORA:

Eso baste y sobre.

ABAD: Y siempre ha de estar abierta
y al servicio ha de acudir
de un hidalgo, que un criado
trajo, mudo y maltratado.
El niño, conmigo ha de ir.

TEODORA.

Hijo de obediencia he sido,
yo voy.

ABAD:

Vaya y obedezca,
y esto al niño lo agradezca
que por padrino ha traído.
(Vanse, y queda Zurdo)

ZURDO:

Perdido soy si éste queda
en el convento este día.
¿No valga la zurdería
para que arrojarle pueda
de él otra vez? Un papel
para Alcina he de notar
y a él se lo he de hacer tomar
engañándole con él.
Saldrá el capón ignorante
de casa de esta manera.
Sólo un zurdo dar pudiera
un engaño semejante. (Vase)
Salen Natalio y criados

LIPSIO:

Estos los álamos son,
lámina de tu cuidado.
Gracias a Dios que has hallado
las hermanas de Faetón.
Todo el día, poco sabio,

nos haces, señor, correr.

NATALIO:

Pues muy poco es menester
para encontrar un agravio.

LIPSIO: ¿Por qué verlo solicitas?

Contra razón te gobiernas,
pues con razones internas
a tu mal te precipitas.
Si luego te ha de pesar,
no lo busques, que el honor
no tiene tanto valor
cuando se llega a apurar.
Piensa que mentira fue.

NATALIO:

¿Y cómo tendré sosiego?

LIPSIO:

¿Y cómo lo tendrás luego
que lo hayas visto?

NATALIO:

No sé;
quisiera verlo y no verlo,
y no sé cómo excusarlo,
que es forzoso imaginarlo
y será fuerza creerlo.
Mas es imposible ahora
dejarlo de ser.

LIPSIO:

Allí
está el monte, y dice así:
santa y justa fue Teodora.

NATALIO:

Plumier a Dios que eso fuera.
Mas adúltera dirá.

LIPSIO:

Lo que he dicho, escrito está;
y esto es cosa verdadera.

NATALIO:

(lee): Santa y justa fue Teodora.

LIPSIO:
¿No dice así?

NATALIO:
Aunque lo veo
no lo creo, no lo creo.

LIPSIO:
Acércate, ¿ves ahora?

NATALIO:
Santa y justa fue; sin duda
que mi vista se engañó.

LIPSIO:
Ya el desengaño llegó
a sacarte de esa duda.
¿Estás contento?

NATALIO:
Otro soy,
como aquel que halló afligido
el honor que había perdido.
Letras, mil gracias os doy.
¡Ay santa, ay divina esposa,
quién supiera dónde estás!
(Dice una voz dentro)

VOZ:
La luz sigue, y la verás.

LIPSIO:
Una estrella luminosa
dice que vayas tras ella
con muy luciente arrebol.

NATALIO:
Voy, que si Teodora es sol
su paje ha de ser estrella.

Vanse, y salen el Monje, el Abad y Fray Zurdo

ZURDO:
Cerrada la puerta está.

ABAD:
Abrid sin hacer ruido.

MONJE:
Pienso que nos ha sentido.

ABAD:
No importa, ¿qué hace?

ZURDO:
Estará
como otras veces comiendo.

ABAD:
Oíd cubiertos así.
(Dice dentro Teodora)

TEODORA:
Padre soberano, aquí
mi espíritu os encomiendo.

ZURDO:
Retírense por si sale,
que yo aquí me he de esconder,
donde le veré comer.

ABAD:
¿Hay sol que a la luz iguale
como el que la celda encierra?

MONJE:
Suspense y confuso estoy.

ZURDO:
Mis engaños se ven hoy.

Toquen música, córrese una cortina y descúbrase a
Teodora en una tabla de rodillas, y de lo alto baje una
nube con la Virgen y los ángeles a los lados, y el sol,
que es Cristo, como pareció al principio

ABAD:
Sin duda es cielo la tierra.

MARÍA:

Ya el sol, que te dejó a oscuras
sale de clemencia lleno.

SOL:

Si riguroso me puse,
glorioso al tálamo vuelvo.
Sube a mis brazos, amiga.

MARÍA:

Que la otra vez, aunque abiertos,
como venían clavados
no pudo darte con ellos
tiernos, brazos, como ahora
el sol de justicia eterno.

SOL:

El sol y la luna a honrarte,
esposa, salen a un tiempo.

TEODORA:

Pues si los dos juntos salen
gloriosa decirles puedo:
Sin ponerse el sol
me salió la luna
porque no pudiera
ver la noche oscura.

SOL:

Sube, sube a recibir
de tus trabajos el premio.

Tocan música, y va subiendo hasta que viene a estar entre Cristo y María.
Ha de bajar algo la apariencia de arriba

TEODORA:

Entre la luna y el sol
pequeña estrella parezco,
aunque me ilumino tanto
bañada en sus rayos bellos.
Hijas de Jerusalén,
cantadle en divinos versos
la gala al esposo mío,
ved que en su tálamo duermo.

SOL:

Abrázame.

TEODORA:

En vuestras manos
el espíritu encomiendo.
(Muere de rodillas)

ABAD:

¡Ay míseros de nosotros,
que hicimos loco desprecio
del santo, y del varón justo!

ZURDO:

Pobre Zurdo, ¿en qué te has puesto?

ABAD:

Avergonzado y corrido
estoy. A verle lleguemos.

MONJE:

En el aire está.

ZURDO:

Hoy, san Zurdo,
se descubre tu embeleco.
Entra Alcina, y Clarindo

CLARINDO:

¿Qué es lo que intentas, Alcina?

ALCINA:

Ahora sabrás mi intento.
Padre Abad, este papel
habitando los desiertos
Teodoro conmigo, me hizo
después de mil juramentos,
y así vengo a que le mande
lo cumpla.

ABAD:

Notable enredo.

ALCINA:

Suya es la firma.

ZURDO:

Es así.

ALCINA:
¿Dónde está?

ABAD:
Mírale muerto
entre la luna y el sol.

ALCINA:
¡Válgame Dios!

ABAD:
El que vemos
es él; no pudo ser malo
el que tuvo fin tan bueno.

Entra Natalio y Lipsio

LIPSIO:
Aquí se escondió la luz,
y aquí ha de estar.

NATALIO:
Ya la veo;
¡Ay casta y santa mujer!
Cuando he merecido veros
muerta os hallo, ¡ay mi Teodora!

ABAD:
¿Qué prodigios son aquestos?
¿Qué es mujer?

NATALIO:
Y esposa mía.

ABAD:
Pues, ¿cómo, enemiga, has hecho
un desatino tan grande?

ALCINA:
Amor fue causa de hacerlo,
que por tirana venganza
le quise infamar diciendo
que era suyo el niño.

ABAD:

Oh, mala
mujer.

MONJE:
Oh, ingrata.

ALCINA:
Mis yerros
confieso, y digo que fue
padre del niño...

ZURDO:
Aquí entro
yo.

ALCINA:
Un traidor que se llama
Zurdo.

ABAD:
¿Zurdo?

ZURDO:
Yo confieso
mi maldad, yo, Padre, soy
aquel alevoso izquierdo
y el que infamaba a Teodora.
Entra Fidelfo

FIDELFO:
¿Quién me levanta del lecho
donde mudo y muerto estaba?

MONJE:
Padre, el mudo caballero
es éste.

FIDELFO:
Teodora es ésta.
Dios quiso tener suspensos
mis labios, porque callara
tan infame misterio.
¡Ay casta, ay santa mujer!
Mientras viviere prometo
hacer penitencia estrecha.

Mandio saca a Lesbia con las pieles

MANDIO:

Ya el monstruo preso traemos,
y es Lesbia, aunque hablar no quiere.

MARÍA:

Tú, Lesbia, este bien le has hecho
a Teodora, pues por ti
goza los Empíreos Reinos.

LESBIA:

Ahora sí daré voces
llorando mis desconciertos
porque veo, mujer santa,
que estás gozando del Cielo.

Tocan música y baja Teodora,
y cúbrese la apariencia del Sol, y la de María

ABAD:

Hasta entregarla a su esposo
con ella asistido habemos.
Natalio, a Teodora abraza.

NATALIO:

Seré en este monasterio
mármol de su sepultura.

FIDELFO:

Y yo pienso hacer lo mismo.

ZURDO:

Y yo, en mudas soledades
de ser zurdo me arrepiento.

NATALIO:

Desdichado venturoso
sois.

ABAD:

A la Iglesia llevemos
el cuerpo.

NATALIO:

Dejad que diga

pues ya sin alma me veo:
Púsoseme el sol,
salióme la luna,
mía es la desgracia,
suya la ventura.

FIN